EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

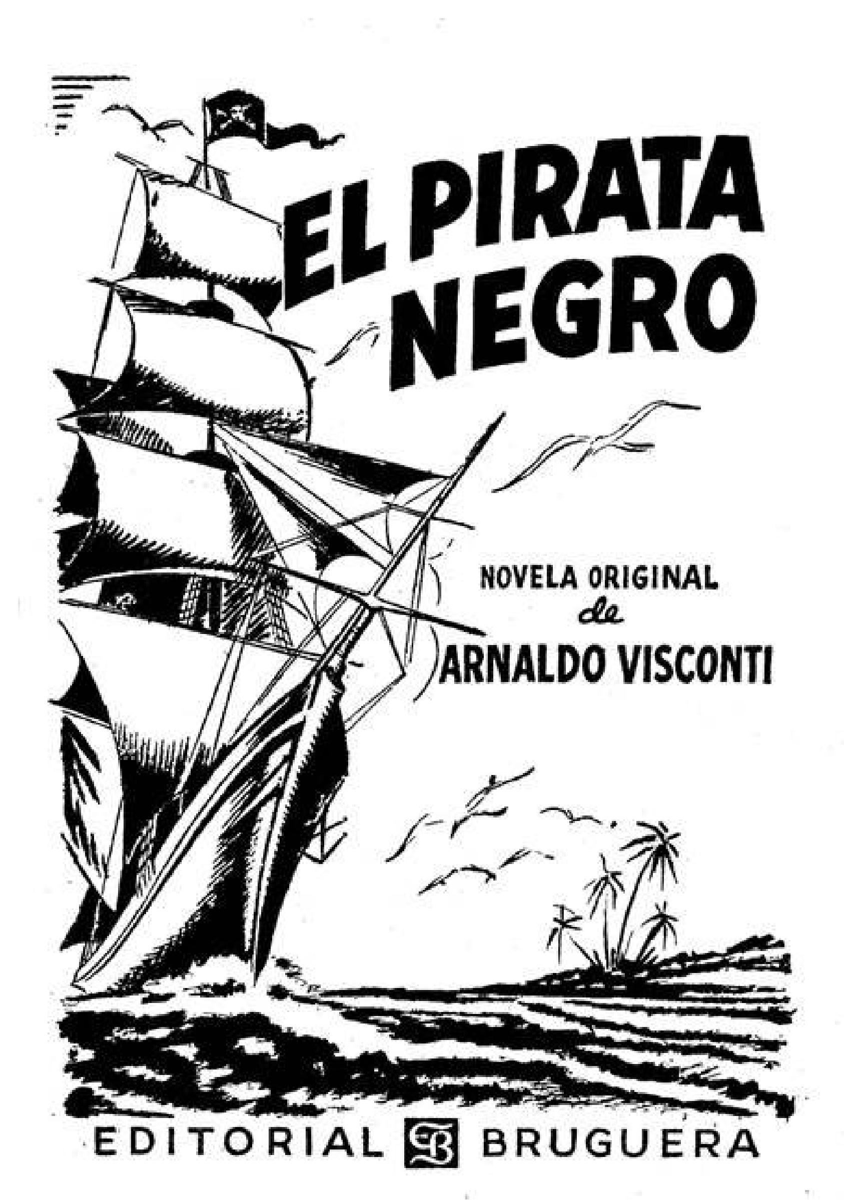
PROVENSAL

por

ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

EN POS DEL CHACAL



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

En pos del Chacal

Colección El Pirata Negro n.° 62

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


En pos del
CHACAL

CAPÍTULO PRIMERO

La teoría de las compensaciones

Si Narcisse Leblond, el parisino, hubiera empleado su inteligencia en labor constructiva, habría sido un genial arquitecto.

Pero la empleaba en labor destructiva de todas clases: destruir almas, cuerpos y creencias. No cejaba hasta lograr emponzoñar cuanto le rodeaba.

Si Narcisse Leblond, hubiera experimentado tan sólo una vez alguna sensación de bienestar ejerciendo acto bondadoso, quizás por su mismo temperamento aficionado a intentarlo todo, y probar lo nuevo, habría ejercido caridades por renovar su agotado sentido relajado por una continua depravación.

Pero Narcisse Leblond odiaba a cuanto significara decencia, honradez y dignidad.

Se jactaba de extraer enseñanzas de cuanto le sucediera y ser buen jugador que no se enajenaba por el favor del Azar ni se enojaba por la racha desfavorable.

No obstante mientras su nave "Mefisto" contorneaba el litoral venezolano, pasado el delta del Orinoco, de donde acababa de zarpar, Narcisse Leblond, privado de su "perro fiel" Corentin Lamark, al cual había colocado como espía de Fenimore Graskell echaba de menos un confidente a quien verter el nuevo caudal de experiencias que había extraído de la reciente "desafección" del joven árabe llamado Cheij Khan y apodado "El Chacal".

Y a falta de Corentin Lamark, tomó por testigo el espejo, imitando con ello la costumbre de Fenimore Graskell, su ex-lugarteniente.

Ante el bruñido azogue encuadrado en plata que adornaba la pared de su camarote, Narcisse Leblond, reflejaba su rostro, que

pregonaba con evidencia qué quien le puso por mote “Mefisto” al igual que su barco, era un pintor verbal de pincelada diestra.

Porque los estrechos ojos rasgados del parisino, su barbilla en punta y sus cejas rectas, pero desviándose oblicuamente hacia arriba, al igual que sus labios delgados, daban a su especial fisonomía un carácter marcadamente diabólico.

Abundaba en sonrisas. Sonrisas heladas. Y profesaba el culto a la cortesía, porque afirmaba que todo buen parisino, debe propagar a los salvajes de las demás naciones, las normas de la cortesía más exquisita, porque el caballero no nace, sino que la apariencia lo califica, aunque como él, hubiese nacido bajo los puentes del Sena, de padre mendigo de día, ladrón de noche, y de madre cuyas labores eran innumerable y todas castigadas en el código penal.

Con unas pinzas especiales, obsequio, de una coqueta parisina, y que Leblond conservaba como recuerdo de la primera mujer a la que, dio muerte exquisitamente, arrancóse; el pirata francés un pelo que erizábase en su rubio bigote.

—Cría cuervos y te sacarán los ojos, dicen los españoles, muy amantes de refranear —dijo en voz alta, mirándose con atención de perfil y de frente, en busca de otros pelos rebeldes, que desentonaban en su hermosa cabellera, barba y bigote, totalmente rizados, y de un rubio intenso.

Soltó las pinzas para irse desvistiendo. Necesitaba un baño y afeitarse las mejillas…

Su bañera era un asiento de cóncavo hierro, donde sentóse cuando un pirata trajo sendos cubos de agua humeando.

Miróse de nuevo en el espejo, y suspiró:

—Todo, felizmente, no es perjudicial. Hay las compensaciones. Este calor tiene voluptuosidad sin peligros. Un buen baño caliente, desaltera el espíritu y desarruga el ceño. ¡Maldito y condenado chacal! Un polluelo… ¡y me ha desafiado! A mí que le evité ser descuartizado para diversión de los buenos ciudadanos de París. Razón tiene Fenimore Graskell al afirmar que el humo de la soberbia invade el cerebro del joven chacal. Y es una lástima. Si hubiera logrado amoldarle a mis órdenes, habría sido un excelente ayudante. Pero posee el carácter más salvajemente independiente de cuantos he conocido. ¡Su padre debió ser un caballo árabe sin jinete!… Así salió el potro…

Emitió otro suspiro de satisfacción al hundirse hasta el cuello al entibiarse el agua.

—Tarde será cuando te duela tu acto traidor, chacal. Tus alaridos de atormentado me parecerán arpegios de las arpas celestiales. Leblond, mi buen Leblond—se reprochó a sí mismo—. Deja en paz la corte celestial. ¿Qué sabes tú si allá arriba no hay quien pida cuentas? Volvamos a la tierra. Estoy irónico, porque me bulle la sangre por «ese condenado chacal, que se ha burlado de mí. ¡De mí, de Narcisse Leblond, el amo del Caribe! Pero hay compensaciones... Y la tendré cuando yo mismo me convierta en tu verdugo, chacal. Un verdugo que daría lecciones al decano de los martirizadores más expertos.

Y dejó de pensar en Cheij Khan momentáneamente, porque evocaba algunos de los martirios que había inventado, y aquello le producía gran satisfacción creadora.

Pensó en Gertie la Walkirya, Gertie la Venus Rubia, que temblaba con sólo verle. Pero sus razones tenía, admitió ecuánime Leblond.

Se acicaló después de afeitarse, y al subir a cubierta aspiró con placer el aire fresco que la mañana oreaba.

Dos días después, al llegar el velero "Mefisto" cayendo el crepúsculo a la estrecha bahía formada por un monte que semejaba partido en dos por un hondo hachazo, Narcisse Leblond frunció el ceño, sorprendido.

El acantilado de Botá estaba desierto, y sus aguas no mecían nave alguna. Y no obstante bien clara había sido su orden al capitán de la goleta "Satanela" que allí debía estar anclada:

"Bajo ningún concepto saldrás, sin orden mía, "Ojos de Plata".

El velero antes de anclar tenía a su costado una lancha remada por un solo tripulante procedente de tierra, el cual se encaramó simiescamente con agilidad, por la cuerda que le arrojaron.

Corentin Lamark, el achaparrado bretón, profesaba una fidelidad a toda prueba a Narcisse Leblond.

Dirigióse hacia donde Leblond esperaba:

—A la orden, capitán Leblond. Malas novedades.

—Ven a mi camarote, Lamark.

Cerró el propio Leblond la puerta y señaló un envoltorio que bajo el brazo llevaba Lamark:

—¿Qué es eso?

—Conde Ferblanc— dijo escuetamente el bretón, quitando el trapo que envolvía tres maderos que depositó sobre la mesa delante del sentado pirata.

Narcisse Leblond examinó el primero de los maderos, escrito en letras de brea:

“Epitafio para “Ojos de Plata” y la “Satanela”.
“A traición mueren los reptiles, que honrarles sería darles lucha leal.”

“Conde Ferblanc.”

Leblond mordióse los labios y enrojeció. Corentin Lamark, comprendió par los dos síntomas, que el parisino estaba incubando una de sus clásicas cóleras frías.

—Habla, Lamark—dijo secamente Leblond.

—Fue una hora antes del amanecer. Estallaron de pronto las andanadas de cañoneo. Los cañaverales distan mucho del acantilado y no obstante desde ellos vieron fuego en las cumbres del acantilado y fuego en la boca de entrada. La “Satanela” Fue atacada inesperadamente y, a la vez, desde el mar y desde la cumbre. Hundióse en breves instantes. Perecieron todos.

Sonrió Leblond, en compendio labial de perversidad:

—Estás vivo, Lamark.

—Cumpliendo vuestra orden, capitán Leblond, aquella noche bajé a tierra a espiar a vuestra esposa Gertie. Por eso, cuando resonaron los cañonazos, me hallaba yo en los cañaverales, y por más prisa que me di, llegué al acantilado cuando no quedaba rastro de la nave atacante. Pero nadie vio esos tres carteles. Creen que la “Satanela” Fue atacada por corsarios ingleses o franceses.

—Que Satán, me oiga y le dé especial trato al estúpido “Ojos de Plata”, por haberse dejado sorprender. Así sea. .

Apartó Leblond el primer cartel y volvió a enrojecer al leer el segundo:

“Pon tus barbas a remojar, “Mefisto”.
“Pronto te reunirás con el inglés, pero antes bailarás en lo alto de mi mástil”.

“Conde Ferblanc.”

—Este cartel lo quemarás tú mismo, Lamark, y nunca lo has leído. Contémplame bien, Lamark. Estás viendo a un buen jugador. En breves días he perdido dos barcos. El de Fenimore Graskell, que llevaba el nombre de “Satanela” y debió llamarse “Angelical”. Y el de Cheij Khan que se ha declarado en rebeldía contra mí. Y, no obstante, ¿gimo acaso? ¿Meso mis barbas? Ah...

Y el tercer cartel Fue leído con agrado por Leblond:

“Al imberbe novel Cheij Khan, “El Chacalillo”:

“En el sitio, lugar y hora que yo elija,
te cortaré la diestra por ligera,
y la lengua por embustera

“Conde Ferblanc.”

—Este cartel debe llegar a manos del “Chacal”. Le rebajará los humos, ya que él mandó reto diciendo que Ferblanc era un traidor a su casta y un cobarde. Y esa de imberbe y chacalillo, está bien. Ese Ferblanc es Chabacano, pero sabe ofender. En fin, Lamark, ¡Admira en mí al estoico, ¿No sabes lo que es un estoico?

—No, capitán Leblond.

—Era un sujeto de la Grecia antigua, que no se lamentaba nunca, pese a las calamidades que le ocurrieran. Déjame darte otra lección de historia antigua, Lamark. Necesitas instruirte. También en Roma había otra secta llamada los emisarios de la muerte. Eran elegidos como portadores de malas noticias. ¿Sabes qué hacían con ellos?

—No, capitán Leblond.

—Les cortaban la cabeza... Así... ¡Cuic!—y Leblond se pasó un índice por el cuello, mirando sonriente a Lamark.

—No tengo más malas noticias, capitán Leblond.

—Lo celebro por tu pescuezo.

—Tengo otras buenas, capitán Leblond.

—Lo cual da solidez a mi teoría de las compensaciones. Desembucha, Terranova. ¿Sabes lo que es un Terranova?

—No, capitán Leblond.

—Es perrazo de una isla norteña europea, que cuando olfatea a su amo, muere encima de su tumba.

—Vos muerto, capitán Leblond, y yo me descerrajaré pistoletazo en los sesos.

—No los tienes y no presumas por tanto de lo que careces. Si tuvieras sesos, no serías fiel. Antes de paladear las buenas noticias, quisiera que me aclararas por qué me tienes esa fidelidad rayana en la idiotez delirante.

—Tenéis la cualidad que yo envidio, capitán Leblond y que no poseo.

—¿Inteligencia? Hazme el favor de alabarme más finamente.

—Una sangre fría y una decisión únicas. Y sois el mejor navegante que he conocido, capitán Leblond. Juré en Armónica, mi tierra natal, que sería fiel al hombre que yo hubiera querido ser...

—Bien. Al menos no me has mentido sentimientos estúpidos. Bueno, querido Terranova, ahora quizá oirás el ¡cuic!—y de nuevo pasóse Leblond el índice izquierdo por el cuello, mientras en su diestra un puñal cabrilleaba acariciado por el reflejo rojizo de la linterna.

Rápido dé manos y avezado a toda clase de trampas y luchas, Narcisse Leblond había desenvainado en un santiamén, y sosteniendo por la punta el largo puñal, hacía oscilar el mango dirigido hacia el cuello de Lamark.

—Yo podría perdonarte el haberme traído malas noticias, pero tienes mi palabra de que irás a ayudar á Fenimore Graskell, a estirar los rabos de Ion demonios, si tus supuestas buenas noticias son escasamente satisfactorias. Mi teoría de las compensaciones necesita afirmarse, Lamark, y alguien debe pagar por las malas novedades con que me has dado la bienvenida

—Hay en los cañaverales tres piratas españoles pertenecientes a la Legión del Mar.

—¿Siguen vivos?

—Nadie lo sabe. Sólo yo

—¿Cómo han penetrado en los cañaverales?

—Manejan títeres.

—Sigue.

—Entré en sospechas al ver que no ganando un solo ochavo, no salían del caserón “Calma Chicha”. Y la noche en que la “Satanela” Fue hundida, les oí hablar. Uno de ellos se llama Mariano. Decía a otro llamado Marcos, que él había pensado un truco para llevarse a vuestra esposa.

—Sí que es buena noticia, Lamark. Mal veo tu pescuezo. ¿Qué

me importarán a mí los trucos, para llevarse a la estúpida vaca sufrida y llorona de Gertie?

—Son tres espías. Seguramente por ellos, pudo la “Satanela” ser sorprendida.

—Sabía que había espías de la Legión del Mar en los cañaverales. Los hubiera hallado sin tu oreja, Lamark. En los cañaverales todos me respetan como a amo del Caribe. Por tanto habría dado pronto con los tres espías. Bien, bien, Lamark. ¿Eso es tu saco de buenas noticias?

—Guardé la última y mejor, capitán Leblond.

—Calibrémosla.

—Os intrigaba la misteriosa conducta de Fenimore Graskell con Milagros la Antillana.

—Cierto. Fenimore Graskell la amaba platónicamente y eso es ya intrigante por sí solo.

—Obedeciendo vuestra orden, la primera tarde que bajó a tierra Fenimore Graskell, le seguí y escuché su conversación con Milagros. Tenéis en Milagros la segura fortuna, capitán Leblond.

—¿Una fortuna en la viuda de Graskell? ¿También tú crees en lo que esas estúpidas cuentan de supuestos nacimientos en cunas rodeadas de la aristocracia de todos los países?

—Lo he comprobado, enviando un tipo listo como ardilla a Puerto Colombia, capitán Leblond.

—¿Qué has comprobado?

—Que Milagros es la hija del almirante Juan Diéguez, primer jefe de la Legión del Mar, Hace cinco años Fue abordado el galeón que la traía de las Españas a reunirse con su padre. Ella, sabedora de que si decía al pirata antillano, jefe de la nave asaltante, que era la hija del Almirante, perdería la vida, mintió diciendo que era la esposa del capitán fenecido del galeón. Después buscó en vano ocasión de huir o de mandar mensaje a su padre. Nadie de los que la rodeaban podía ofrecerle seguridad suficiente. Cuando Fenimore Graskell se enamoró de ella y mató en duelo al antillano, ella tampoco fiaba de él, pero después, por lo que oí, le dijo a Graskell que en la primera ocasión que estuviera lejos de vuestra maléfica influencia, ella le revelaría un gran secreto. El almirante Diéguez da por muerta a su hija desde hace cinco años y le apodan el “Lúgubre”, por su triste aspecto. Nunca se ha repuesto de la pena

que le produjo la supuesta muerte de su única hija. Milagros Diéguez ofreció a Graskell la cuantiosa fortuna del Almirante, si él la conducía a Puerto Colombia, donde por ser pirata inglés, podría obtener privilegio de entrada y salida sin peligro. Eso es cuanto oí capitán Leblond.

Narcisse Leblond, con lentitud, hizo dar varias oscilaciones al puñal. Después lo envainó.

—Vamos a los cañaverales, Lamark. No ha fallado mi teoría de las compensaciones.

Capítulo II

Espíritus tensos

En un vado diminuto, el río afluente del Orinoco, brincaba en cascada para sortear el corte a pico de un peñasco.

Bajo el sombreado de los árboles salpicados por la cascada, dos jinetes desmontaron.

Los caballos abrevaron y pusiéronse a pacer con avidez la verde y jugosa hierba. Sus flancos sudorosos y jadeantes denotaban que acababan de realizar un largo galope.

Los dos jinetes bebieron en las cuencas de sus manos, y después, sin gran fruición, obviamente para recuperar fuerzas, comieron abundantes frutos que, pródiga, la naturaleza brindaba.

Los dos caballos tendiéronse en la hierba, revolcándose a gusto antes de sentarse para dormir anhelantes de reposo.

Uno de los jinetes acomodóse medio tendido en el hoyo formado por una hendidura del peñasco, mientras el otro, de rostro cubierto de cicatrices mal cosidas, quedaba en pie.

—Siéntate, guapetón—invitó el Pirata Negro.

Obedeció su lugarteniente “Cien Chirlos”.

El rostro de Carlos Lezama ofrecía una demacración, que hacía angulosos sus pómulos, ahuecando en ojeras de insomnio sus negros ojos que brillaban febrilmente.

El mensaje verbal de Alfredo Huarte anunciando que Mireya de Ferjus estaba en poder de Cheij Khan, el desconocida pirata novel, pero descrito por mediación de Lucientes en relatos de trágicas consecuencias, había sido un golpe inusitado para el Pirata Negro.

En su accidentada existencia, mil veces la tragedia había ensombrecido sus horas. Pero el bálsamo del Tiempo había cerrado las heridas morales.

En Mireya de Ferjus veía simbolizada, el Pirata Negro, la perfecta esposa, la mujer, amante de inteligente sumisión, la compañera ideal que aromatizaba de ternura fragante su madurez.

Y el mensaje escrito posteriormente recibido, procedente de Leblond, anunciaba que en los cañaverales y en poder del francés, estaba prisionera Mireya.

—Suicidio— murmuró Lezama, en voz audible—. Así ha calificado el Almirante mi viaje a solas hacia los cañaverales. Digo a solas, porque bien claro te ordené que permanecieras en Puerto Colombia.

—Si me hubiera quedado, señor, no sería tu sombra buena, como le dijiste al Almirante.

—¿Tú crees que vamos a suicidarnos, don Martelo?

—No, señor.

—¿Por qué esta firmeza en tu tono?

—Porque antes de morir a muchos nos llevaremos por delante, señor, que a ambos nos está ardiendo la sangre como nunca.

—Morir es sencillo y matar también, guapetón. Pero es algo más difícil lo que pretendo.

—Si sólo hay una posibilidad de rescatar a mi señora, tu esposa, tú la aprovecharás, señor.

—Bien sé que no conoces los cañaverales. Yo tampoco Pero he oído muchos relatos. Allí se refugian las peores sabandijas, desecho de cloacas y pudrideros. Le llaman los cañaverales, porque una ancha franja de cañas separa los pantanos que suceden a la playa y que forman barrera natural desde el mar. Por tierra hay acceso del interior desde lo alto de los montes. Se puede entrar… pero nadie sale si es enemigo de aquella caterva de hienas.

—Una vez, señor, nos untamos jugo de hojas pardas y fuimos dos mestizos.

—Entonces estábamos en nave que no nos conocía. Pero en los cañaverales miles de veces han sido citados el conde Ferblanc y su principal lugarteniente, “Cien Chirlos” del “Aquilón”, don Marcelo de la Legión del Mar. Somos execrados por cuantos habitan en los cañaverales. Acudir al disfraz no es posible, guapetón. Tienen mucho olfato los tramposos para ver la trampa.

—Tu esposa, mi señora, debe ser rescatada y lo lograrás, señor.

—En poder de Narcisse Leblond, nadie puede rescatarla, ni un

redivivo Rolando de la Tabla Redonda.

—Tú eres mucho más, señor, mucho más que ese de la Tabla...—protestó, con vehemencia, “Cien Chirlos”.

Rió tristemente el Pirata Negro

—Eres mi sombra buena, aragonés. Tienes fe ciega en mí y yo siempre la tuve también en mi buena estrella... porque en estos momentos en que poca distancia nos separa del último viaje, puedo confesarte sin experimentar necia vergüenza, que mi buena estrella la achaqué a que es cierta la moralista máxima de que las acciones nobles tienen su recompensa. Pero estiré demasiado la soga. Me endiosé y aceptando ser el conde Ferblanc, jefe de la Legión del Mar, reté a los piratas que antes exterminaba libremente y ellos no se vengan en mí, sino en... ella. Morir no me importaría, guapetón, si ella no perdiera la vida por mi culpa.

—¡No es tu culpa! ¡Culpa fue de esos cegatos de Puerto Colombia que no supieron ver en Cheij Khan al pirata, confundiéndolo con uno de esos que escriben en libros!

—¿Qué escriben en libros?—inquirió Lezama, para aliviar momentáneamente su atroz dolor.

—Esos llamados filósofos, que de la tinta hacen buen uso para ennegrecer lo que ya de por sí es obscuro pretendiendo aclararlo. Una vez me leyeron unas líneas de un filósofo y saqué conclusión expedita: la de que yo era un zote, pero el filósofo de marras merecía que lo amarraran porque estaba ido de la mollera.

—¿Qué decía en letras escritas ese ido de la mollera?

—Algo acerca de que el que piensa existe, de donde decía que puesto que él pensaba, existía. ¡Como si hiciera falta pensar para darse uno cuenta de que está andando y engríe!

—Qué buen Sancho haces, guapetón. Seguro que de conocerte el Manco de Lepanto, te hubiera llamado Sancho, porque en la panza tienes mucha letra menuda que no hace falta escribirla, ya que es eso tan escaso que se llama el sentido común. Dame sentido común. Te necesito ahora, que mi mente anda torturada. Comprende que morir es lo de menos. Tarde o temprano de pasto a los gusanos servimos. Pero es ella... la que me atormenta al pensar la suerte que corre.

—No se me escapa que rescatar a tu esposa, mi señora, es difícil, pero peores... bueno, en malas nos vimos, señor.

—Nunca como en esta ocasión. Acudir con el "Aquilón" o con todas las fuerzas de la Legión, era firmar la muerte de Mireya. Yo contigo, más puedo que con cien barcos, en este caso preciso, ya que quizá sobre el terreno de los cañaverales, tenga la inspiración del momento. Escucha, aragonés: guárdate de terquedades y no me desobedezcas. Tú no vendrás .conmigo.

—Señor... — protestó en un balido "Cien Chirlos?'.

—Cada uno de nosotros dos por separado, tratará de saber dónde guardan a Mireya. El que logre llegar a ella... se irá. ¿Queda entendido?

—Sí, señor.

—No quieras espichar por guardarme las espaldas. Sólo debes, como yo, tener una obsesión: liberar a Mireya y...—truncóse la voz en la garganta del Pirata Negro—...vas a hacerme un juramento

—Juro, señor, cumplir lo que tú me ordenes.

—Creo que ella seguirá en vida, porque la tendrán así, para darme tormento. Jura como yo, que si viéndola a ella y comprobando que no hay escapatoria, no tenemos posibilidad de salvarla... ¡a pistola o a cuchillo le daremos muerte!

—Sí, señor. Juro — dijo solemnemente "Cien Chirlos".

Comprendía que la muerte era preferible para la mujer delicada y de rostro virginal, posible víctima de ultrajes.

Y ferozmente arrugó el rostro "Cien Chirlos". También él, como el Almirante y como el propio Pirata Negro, creía que en los cañaverales esperaba la muerte sin remedio.

Instantes después, emprendían el último galope que debía conducirles a los cañaverales.

* * *

Narcisse Leblond, acompañado de Corentin Lamark, entró en el caserón, taberna rotulada "Calma Chicha".

Era el mayor de los que moteaban la ladera de la colina, porque en sus varias salas albergaban a toda la hez de los mares.

La entrada de "Mefisto" no suscitó al parecer, expectación en los taciturnos concurrentes.

Sólo dos seres trataban de dominar la zozobra que les produjo el anuncio de la llegada del velero "Mefisto" y su capitán.

Eran: Gertie, la Walkirya, y Milagros, la Antillana, por apodo de rapto; Milagros Diéguez, por nacimiento.

La noche anterior, Milagros Diéguez había asentido con melancolía cuando la estólida alemana habíale dicho:

—Por la muerte de “Ojos de Plata” no debes entristecerte, Milagros. Era un hombre repulsivo como un pez frío sin sangre.

—Todos son aquí repulsivos, Gertie.

—No todos—había replicado la alemana, contoneándose.

—Debería yo abandonar los cañaverales.

—¡Imposible y bien lo sabes! No hay cárcel más segura que las invisibles rejas de esta comarca.

—Quise significar que la muerte supone libertad.

—No... La vida supone esperanza. Yo tengo esperanza, mucha esperanza—repitió Gertie, al ver entrar a un larguirucho y magro sujeto de ojos como brasas y mostacho enhiesto.

Marchóse Milagros a su alcoba y Gertie la Walkirya, hizo un mohín infantil con sus gruesos labios.

Era hermosa, pero sin expresión en su cara boba de muñeca rolliza y embobada.

Mariano Rodríguez, uno de los tres piratas puestos al acecho por Carlos Lezama, sentóse familiarmente junto a la alemana.

—¿Piensas mucho en mí, paloma?—se interesó Mariano, poniendo trémolos en su ronca voz aguardentosa.

Para Gertie, acostumbrada a antiguas brutalidades de los marinos nórdicos y a la refinada tortura física que le imponía Narcisse Leblond, los empalagosos halagos del español, parecíanle ambrosía y éxtasis.

Y su basta sensualidad veía en el español un sarmiento presto siempre a inflamarse.

—Te quiero coa todo mi corazón, Mariano—dijo ella, guturalmente.

—Entonces es un mundo de grande tu cariño por mí—dijo ufano el pirata español—porque cada órgano del cuerpo está en proporción.

La tosca chanza fue incomprendida por la alemana que, sin embargo, rió ruidosamente al ver que Mariano dábase palmadas de regocijo en el muslo, emitiendo carcajadas sonoras.

Y en el umbral, el pirata Marcos comentó, tomando por testigo al tercer espía Senén:

—Valiente par de tórtolos. Se me antojan un arenque y una

ballena.

—Ella es soberbiamente magnífica —dijo, convencido, Senén.

—Al peso, representa un fortunón, si la vendiera por onzas.

—Que a ti te gusten las flacas no es motivo para que le restes méritos a la conquista de Mariano. No seas envidioso, Marcos, porque...

—¡Tripas saltonas!—imprecó Marcos, colérico—. ¿Hemos, acaso, venido a piropear y perder tiempo domesticando yeguas mansas?

Mariano Rodríguez, levantóse del banco, para adoptar un continente digno de ultrajado varón.

—Parece mentira, Marcos, que seas tan... tan poco diplomático. Yo no olvido a que estamos aquí y ningún daño hago con pelar la pava con Gertie.

—Es perjudicial.

—¿Qué es eso?—se pasmó Senén, escaso de listeza.

—Perjudicial — dijo doctoralmente Marcos el Alicantino—es aquello que nos sienta mal. Una comida sin vino, por ejemplo.

—Me doy cuenta—asintió Senén—. Pero ¡calambres! Gertie es una cuchipanda opípara con riño del lacrado.

—Buen paladar tiene Senén—agradeció Mariano.

Hacía unos instantes que Gertie había entrado en su alcoba, dejando en la antesala solos a los tres hombres,

—Sois un par de cretinos—se sulfuró Marcos—. No tenéis más preocupación que devorar con la vista a esa moza que huele a cerveza flamenca. Nunca vi mayor cretinez...

—Sin ofender ¿eh? sin ofender— protestó Senén.

Y después de una pausa, añadió:

—¿Qué es eso de cretinez, Mariano, tú que fuiste escribano?

—Cretinez es... ¡Al diablo!—gruñó Mariano.

—Pues con decir ¡al diablo! se ahorra uno zetas y palabras raras. Tú lo que eres es un presumido—dijo Senén mirando severamente a Marcos— Desde que él te dijo que parecías un mayordomo de casa grande, se te subieron los humos a la torreta de cofa.

—Veamos si os dais cuenta de lo que quiero haceros ver, so pedazos de obcecados.

—Ya está otra vez soltando palabras de esas que no sabe uno si son halagos o insultos—se lamentó Senén.

—Estáis obcecados, porque no veis que desde que la alemana le

picó ojillo a Mariano…

—No me guiñó, que conste. Es fina. La sonreí y ella me sonrió. Después la pregunté cómo se llamaba la estatua que estaba yo viendo, porque en piropos tengo yo mucha canela que…

—¡Basta!—rugió Marcos, rascándose violentamente los cabellos como si le picara el cráneo en sudores—. Brutos somos todos los del "Aquil…", todos nosotros, pero vosotros dos os lleváis la palma. ¿No os dais cuenta que van a sospechar de nosotros, ya que nunca salimos de este caserón?

—Dijimos que fuimos de mar y ese es la "Calma Chicha".

—Puede de un momento a otro llegar Leblond, cuando sepa que han hundido a la goleta de su lugarteniente y entonces… sabrá que tú has estado haciéndole la rosca a la gordinflona.

—¡Retira eso de gordinflona, maldito sea yo!—indignóse Mariano Rodríguez—. Gertie es rolliza, que no es lo mismo, so… mantecoso.

—Renuncio — dijo sombríamente Marcos.

—¿Renuncias a qué, si nadie te ofreció nada?—extrañóse Senén.

—Renuncio a tratar de convenceros. Conque te hablo de los peligros que acechan, te hablo de Leblond… y te pones chulete sólo porque digo que lo que está gordo, está gordo ¡tiburones me coman! y… ¿queréis mi último aviso?

—Daca, que ragamos—replicó Mariano.

—Más tiempo en esta taberna y nos van a desplumar vivos y sino al tiempo…

Cuando Marcos regresó junto al tablado donde estaba montado el retablo de marionetas, Senén manifestó su sentir:

—Este tipo lo que pasa es que tiene "canguelo".

—No creo. Yo soy siempre hombre que todo lo pesa justamente, y Marcos es un jabato. Creo más bien que está algo resentido porque se creía más guapo mozo que yo, y… en fin, tú me comprendes ¿no, amigote?

—Diste en el blanco, Mariano. Bueno, me voy que aquí vuelve a venir tu chavala.

A la noche siguiente apenas las primeras negruras invadieron los cañaverales, Marcos llamó a los otros dos, diciéndoles que había uno que "mal bebido" daba diez monedas de a real con la condición de que los supuestos titiriteros representaran la obra "Los infernales

hijos de las nieblas fantasmales".

Adujo Senén que no tenían ni idea de lo que era aquello. Pero Marcos afirmó que armando gresca con los muñecos y soltando muchos tacos, sería suficiente para que el borracho viera nieblas...

Algunos se juntaron al borracho para asistir al espectáculo. Y después, a petición del borracho, representóse la pantomima donde el muñeco que figuraba ser el juez recibía continuos vapuleos al igual que la vieja comadre, por parte del audaz procesado.

Las voces de los tres piratas imitaban el gangueo, la aguda y cascada y la ronca.

Por eso, hubo cierta perplejidad entre los espectadores, cuando una voz sonora, pero agradablemente modulada, manifestó, en perfecto español:

—Títeres de trapo y serrín poca diversión dan. Prefiero los títeres de carne y hueso.

Desde detrás del retablo, Marcos dio un codazo a, Mariano, susurrando:

—Ahí tienes a Leblond, compadre. Me parece que ha llegado la hora de que me demuestres qué tal vas de mano izquierda, porque con la derecha te hará trizas el francés.

Asomaron los tres supuestos titiriteros y Mariano Rodríguez avanzó para saludar con holgura al recién llegado:

—Yo soy el bufón primero del retablo, caballero, y por vuestras ropas y porte, deduzco sois gente.

Narcisse Leblond sonrió:

—¿No oíste que deseo comedieta donde los muñecos sean de carne y hueso?

—No tenemos actores, caballero.

—Quiero comprobarlo. ¿Sabes quién soy?

—Creo que sois, "Mefisto", el pirata Leblond, el capitán del Caribe, el rayo exterminador.

—Veo que sabes quién soy... pero yo también sé quién eres tú y tus dos compinches.

Mariano Rodríguez sintió cierto temor, pero aparentemente replicó tranquilamente:

—Todos nos conocen. Yo soy Mariano, el alto y grueso es Marcos, y él ni flaco ni gordo, ni alto ni pequeño es Senén.

—¡Gertie!—llamó sonoramente Leblond.

Apareció la alemana, cuyo andar no tenía ahora la menor arrogancia, sino evidente pánico.

—Bienvenido, esposo mío.

—¿Lo habéis oído todos, compañeros?— interpeló Leblond a los que iban entrando en la sala del retablo—. Esta pécora remilgada, me da la bienvenida.

La diestra de Leblond partió proyectada inesperadamente en recio bofetón de revés que hizo tambalearse a la alemana, la cual, con grito histérico, llevóse las dos manos al rostro.

Quedó vacilante, atontada por el fuerte golpe.

Mariano Rodríguez era valiente, pero estimaba que una bofetada es el derecho de todo hombre celoso. Se preparó para defenderse verbalmente.



...hizo tambalearse a la alemana

—Y tú, Mariano, ¿puedes decirme por qué cortejabas durante mi ausencia a mi esposa?

—Miente quienes tal cosa aseguraron, capitán Leblond. Yo te prometo y que me muera yo si es falso, que si me vieron con tu esposa, fue sencillamente porque quiero aprender alemán.

Rió amablemente Leblond:

—Siendo así, es otra cosa, amigo. Y como tu promesa es falsa, tienes, pues, que morir, ¿no? ¡A ellos, compañeros! ¡Son tres espías

de la Legión del Mar! ¡Abierto el juicio!

Forcejearon los tres piratas al caer sobre cada una de ellos un racimo de varios maleantes, pero al final quedaron fuertemente atados contra las pilastras junto al retablo.

—Te lo dije—susurró Marcos, al oído de Mariano.

—Protestamos—gritó Senén.

—Sabré defenderme de tan inicua calumnia—gruñó Mariano.

Narcisse Leblond aguardó uno» instantes hasta que rápidamente quedó constituido el tribunal especial.

Una mesa fue colocada delante suyo, mientras Corentin Lamark se acercaba a los tres prisioneros.

Gertie, acurrucada en un rincón, gimoteaba, sangrantes los labios y echando miradas temerosas a Leblond.

—Acusa, Lamark—ordenó Leblond.

—Yo, Corentin Lamark, oí a esos tres disputarse por el temor de que permaneciendo aquí peligrara su misión. Aludieron a la goleta y dijeron que cuando quedara muerto el capitán Leblond, uno de ellos tenía ya el truco para llevarse a Gertie la Walkirya.

—¿Significa eso que seamos espías? —preguntó Marcos—. Peligraba nuestra misión que es ganar moneda, porque aquí nadie suelta una gorda. Aludimos a la goleta porque era hermosa y el capitán Leblond es mortal, y por eso mi compadre dijo que tenía el truco para llevarse a Gertie ya que muerto el capitán Leblond, él retaría a quien fuera para quedarse con la viuda. He dicho.

—¡Cabal!—aprobó Senén.

—¡Qué tío!—masculló, admirado, Mariano.

—Sigue acusando, Lamark.

—Todos los que aquí estamos nos conocemos—dijo el bretón.—Ninguno de nosotros es chivato y, sin embargo, algo que sólo aquí se habló, Fue soplado a Puerto Colombia, impidiendo que el capitán Leblond pudiera atacar por sorpresa. Está claro, que sólo esos tres pueden ser los chivatos.

—¡Chivato tú mismo, so... cretino! —imprecó Senén.

—Es ofendernos llamarnos espías de la Legión, que aborrecemos con todos nuestros reaños—dijo Mariano.

—¡A muerte con ellos!—gritó Lamark.

—Un Instante—dijo Leblond levantándose y aplacando el coro de imprecaciones que se elevó entre los concurrentes al oír el grito

de Lamark—. Esos tres van a morir... pero dignamente. Serán los títeres humanos. Colgadles de los pulgares y con los pinchos heridles pero sin dañarles seriamente. Les veréis retorcerse en el aire y resulta muy entretenido, os lo aseguro. Después, al primero que caiga sin pulgares, colgadle del dedo gordo del pie y mientras queden dedos hay diversión.

La horrenda diversión empezó, asestando todos los energúmenos pinchazos con sus puñales o espadas a los tres cuerpos colgantes.

Mariano Rodríguez, desesperado, saltó a tiempo en el aire y la puñalada leve dirigida a su muslo, le perforó el vientre.

Senén quiso imitarle para abreviar los sufrimientos y una estocada destinada a pincharle el cuello, se lo atravesó al avanzar velozmente el cuello.

Y de pronto se produjo algo que detuvo a los que en masa convertían en acerico humano a Marcos el Alicantino

Éste, recordando la muerte de un supliciado, cuya acción le había, impresionado profundamente, entonó con su honda voz de bajo, la canción marinera que mentaba la rudeza viril del que, muriendo, sabe cantar porque el mar ha mecido su infancia.

A medida que cesaban los pinchazos aumentaba la amplitud del registro vocal del cantor, que sobreponiéndose al dolor físico, cantaba con mueca dolorida, pero con sonrisa de reto.

—Es entero — mascülló uno de los verdugos improvisados.

—Tiene tripas—comentó otro.

Leblond conocía la extraña psicología de aquellos desechos humanos. Admiraban las bravuconadas... y debía intervenir.

Acercóse y su espada atravesó de parte a parte el cuello de Marcos el Alicantino.

Entre gorgoteos de sangre, emitió Marcos la última sílaba del refrán marinero.

—Dejadles ahí colgados hasta que en esqueletos se conviertan, para escarmiento de los que pretendan espiar en nuestras acciones de libres y alegres muchachos.

Dirigióse a donde yacía Gertie, y asestándole un puntapié, dijo, suavemente:

—Lamento desengañarte, Gertie. Aún no eres viuda. Eres ingrata y ya sabes el precio de la infidelidad...

—¡Yo no...! ¡Yo nada malo dije ni oí del muerto! ¡Juro que no te

he sido...!

—Calla, pécora. La infidelidad se mide no por los hechos, sino por la intención y por la altura del ofendido. La mujer a quien Narcisse Leblond honra con sus delicadezas, no debe siquiera tolerar que otro hombre la mire insistente. ¿Sabes cuál es el precio de la infidelidad, Gertie?

—¡Piedad!—aulló ella, acurrucándose aún más.

Y sus gritos fueron horribles, cuando vio avanzar a varios mirándola ávidamente.

—La que no supo pertenecer a uno solo, pertenece a todos Gertie. Cúmplase.

Al ir decreciendo los entrecortados gritos de la alemana, para cesar por completo, Narcisse Leblond abandonó el escenario de los horrendos acontecimientos.

Tocó en la puerta de la alcoba ocupada por Milagros la Antillana. Apareció la española, más lívido que nunca el delicado semblante atormentado.

—Cumplo con el triste deber de darte el pésame por la muerte de tu esposo, Milagros. Era un marino y halló la tumba merecida. Pero no debemos insistir sobre la macabra nostalgia de los que ya se están pudriendo.

Ella, silenciosamente, retrocedió cuando Leblond avanzó para sentarse en un sillón toscamente construido de troncos, pero recubierto de pieles.

—Eres viuda, Milagros. Y es tu obligación, hacer como los cortesanos acostumbran. Muere el rey... y gritan: "¡Viva el rey!", aludiendo al heredero.

—Lamark desafió a todos, pidiéndome por esposa. Nadie peleó contra tu lugarteniente actual.

—Hay miedo en tus ojos, española.

—Siempre lo tuve.

—¿De mí?

—No. De todos vosotros.

—Tengo que hacerte saber que si Lamark te pidió por esposa, lo hizo en espera de que yo llegase y por eso no pidió que se verificara la ceremonia ritual del vino y la pólvora.

Milagros Diéguez tembló como si una ráfaga helada sacudiera sus miembros.

No se atrevía a seguir en la naciente sospecha que acababa de imaginar.

—¿Por qué tenía que esperarte?

—Debía yo enterarme de tu viudez. Mientras viviste acogida al platónico amor de Fenimore, nada te confesé. Ahora, eres libre. Puedo admitir, pues, que tu orgullo de española me seduce.

—Gertie…—dijo ella, en un susurro.

—Me anticipé a sus deseos. Ella quería ser viuda, y yo le gané por la mano. Ha pagado su infidelidad…

—¡Los gritos! Eran de ella…

—Naturalmente. Ella sabía gritar muy adecuadamente. Y con un estilo que califico de personalísimo.

—Creí que… era como siempre—y los brazos de Milagros Diéguez colgaron inertes, desmadejados, en infinita laxitud descorazonada—. Que la martirizabas. ¡Pobre Gertie! Casi es preferible. Ya ahora no sufre más.

—Tu buen corazón me conmueve.

—¿He de ser yo tu nueva víctima?

—Dirás mi nueva esposa.

—Moriré… si te acercas a mí.

—Serías capaz, sólo por capricho. No te inquietes, doncella. No he de rozarte un cabello. ¡Lamark!

Penetró en la alcoba el bretón.

—Esa es tu prisionera. Tú respondes de que intentará darse muerte.

Y ahora, escúchame, Milagros. Podría pedir fortuna por tu rescate. Sé quién eres. Pero además de la fortuna quiero conversar con tu padre. Vas a escribirle una carta y si él se compromete a venir a entregarme su oro sin que falte un maravedí y a darme indulto, te irás con él.

—¡Mientes! ¡Tú quieres asesinar a mi padre!

—Con mucha cortesía, ya que es todo un almirante le daré muerte. Y tú escribirás, ¿sabes por qué? Porque hay caricias de hierros candentes y cuchillos suaves que hacen entrar en razón a la más remolona.

—¡No escribiré…!

—¿De veras?

—Ya me da igual todo. Pero no seré yo quien atraiga a mi padre

a tu guarida.

—Me encanta tu amor filial, Milagros. Y ya que he comprobado la excelsitud de tu heroísmo, te diré que no es preciso que escribas. Surtirá el mismo efecto enviar a tu padre, esas hojas en que para matar el tiempo, escribías poesías místicas hablando de Burgos, de tus quince años y detalles personales que sólo tu padre podrá entender. Y colocabas la fecha de tu puño y letra bajo tus composiciones. Por eso él leerá que estás viva, mejor que lo oirá de labios dé mi emisario.

Tuvo Lamark que sujetar por el talle a la que se abalanzaba uñas en ristre hacia el sentado Leblond.

—¿Te das cuenta, Lamark? Es endeble, casi translúcida y, no obstante, se revela y no grita, sino que ataca. ¡Cuán distinta a la infortunada Gertie! El abuelo de Fenimore Graskell acertaba al decir que para esposa plácida escoge la gruesa y de risa honda y huye como del diablo de las esbeltas y nerviosas. Tú me respondes de ella, Lamark.

Salió Leblond y cuando estuvo a bordo, revisó personalmente los centinelas colocados en las cumbres de los acantilados.

A él no iba a sorprenderle el conde Ferblanc.

A la mañana siguiente, partió emisario con voluminoso legajo de papeles enrollados cuidadosamente

Y llevaba una carta escrita por Leblond, con su peculiar estilo personal.

> “A vuestras plantas, señor almirante Diéguez, humillo la cerviz en espera de recíproco trato:
>
> “Leed antes que nada las adjuntas hojas cuyos lacres exteriores tardarán en romperse unos minutos. Hacedlo, porque os juro que no os defraudará el contenido. Habéis seguramente mirado ya la firma. Narcisse Leblond.
>
> ”¿Qué os han parecido estas hojas? Rezuman candidez de doncella alocada por el dolor. De doncella heroica que se sacrificó, intentando ocultar que vos erais el autor de sus tristes días, que no han conocido bálsamo desde sus quince años, en que un pirata antillano la raptó si bien dando muerte a todos los del galeón.
>
> "Vos creísteis en su muerte, ya que no os pidieron

rescate, siendo vos, hombre acaudalado por nacimiento, y. por paga del monarca al cual servís servilmente.

"Os explicaré el misterio. Milagros dijo una piadosa mentira... ¡Es tan mística la delicada criatura!... Supuso que si supieran quién era ella, os atraerían a trampa. Y fingió ser la esposa del capitán del galeón, el cual galantemente no lo desmintió, ya que estaba imprudentemente muerto.

"Cree que el conde Ferblanc no vendrá. Me defrauda ver que es un esposo normal que prefiere enviudar, llorar sobre una tumba imaginaria, a que empapen su propia lápida fúnebre.

"Pero tos sois un padre afligido, que de pronto re resucitar a su hija. ¿Vendréis? Creo que sí, porque os ofrezco un trato leal. Venid sin una onza. Al recibir vuestro saludo, vuestra hija, que podréis abrazar, partirá con carta vuestra pidiendo sea entregada vuestra fortuna en el lugar que yo indicaré.

"Añadir si venís, a la carta que escribiréis, una nota que salvará la vida de Milagros. Decid que no sea entregada la fortuna que juntos valoraremos, si Milagros no llega ilesa a Puerto Colombia.

”Sé que aceptaréis tan ventajoso trato. No me defraudéis. Un padre no es un avaro ni de su patrimonio ni de su existencia, si en juego se halla no ya la vida, sino mucho más, de la que no tiene la menor culpa de que vos seáis su padre.

"El portador es personajillo de poca monta. Le he afirmado que le daréis una buena recompensa... Disparad sin miedo. Desfogaos en él. Os calmará.

"Hasta pronto, excelencia,

”Narcisse Leblond”

Por un instante, la diestra de Juan Diéguez se crispó sobre la culata de su pistola y su mirada escalofrió al mensajero, que retrocedió dispuesto a todo...

—Matándote a ti, no cesarían los cañaverales de ser nidos de putrefacción. Tendrás recompensa tal como té prometió Leblond.

Vete, y aguarda en la antesala. Tengo que escribir.

Cuando el ya tranquilizado emisario salió y el ujier cerró la puerta, Juan Diéguez abatió la cabeza sobre sus, antebrazos cruzados, y sus anchas espaldas tuvieron varios sobresaltos.

Muerta... era doloroso. Pero ahora, saberla viva después de cinco años de quién sabe qué horrorosas incidencias, era algo superior a cuanta capacidad tuviera un hombre para soportar.

No podía creer en la palabra de Leblond. Estaba convencido da que no daría libertad a su hija.

—Suicidio... Cobarde... — murmuró recordando al Pirata Negro —. Cobardía sería huir yo, cuando ella soportó cinco años de tortura, moral.

Secóse los ojos con un brusco revés, y escribió:

> “Leblond:
>
> “No soy un cándido burgués medroso, sino un hombre de mar, como tú, aunque no puedo alcanzar tu altura de marino, porque yo navego en aguas limpias y claras y tú enturbias hasta la linfa más pura de manantial.
>
> "Juegas con los afectos ajenos, explotándolos. Quizá cuando ésta leas, habrás ya visto caer al conde Ferblanc.
>
> ”Pero si quieren verme caer a mí, no ha de ser en vano. Muy alto es un almirante por delegación real, para poder permitirse la libertad de obrar valientemente como el Pirata Negra
>
> ”Yo tengo que ser más legalista. Hablarte de sentimientos es suscitarte risitas de hiena leprosa. No te importa saber si quiero sacrificarme o no por mi hija. Si quieres, además de mi piel de almirante, las talegas de Juan Diéguez, otras han de ser tus condiciones.
>
> ”Yo las dicto. Acéptalas o déjalas, que el toma y daca es el usual entre mercaderes. Sabes que mi fama de cristiano viejo no es desmentida, porque los que como yo tenemos el consuelo de creer en que en otro mundo tendremos reposo lejos de toda maldad, ponemos por encima de toda consideración humana, llámese amor filial, nuestra palabra de cristiano.
>
> "Crees en ella, aunque rías, Leblond. Si mi hija viene

la Puerto Colombia, todo mi oro te pertenece y mi salvación eterna comprometo en juramento de que así será.

"Pero yo no voy a tu guarida... hasta que Milagros Diéguez esté frente a mí. Entonces, el Juan Diéguez a secas olvidará que es almirante y podrá cometer el crimen de entregarse al que ha fraguado el dejar sin jefes a la Legión del Mar, creyendo con ello que se desorganizará la fuerza que en cruzada os combate a los que como tú, no son siquiera demonios, porque éstos, antes de serlo, fueron ángeles.

"Mucho me extiendo, Leblond porque quiero que sepas adivinar qué significa el ser un almirante español. Lo sabrás.

"Almirante Juan Diéguez.”

Capítulo III

Una fiera bravucona...

—En el caserón “Calma Chicha”, señor, presa está, y la guarda el lugarteniente de Leblond...—dijo “Cien Chirlos”, tendido en el suelo junto al Pirata Negro.

Estaban hundidos en el mullido lecho de unos setos de blanda hierba.

—Veloz faena, guapetón.

—Oí a una india decirle a un bebedor que ella seguía prisionera, hasta que viniera él a rescatarla. Y el bebedor se reía, diciendo que era trampa infalible. Intenciones me dieron de brincarle sobre el lomo al oír que se reía..., pero aquí estabas tú, señor. Yo, con esa venda en el ojo izquierdo y el gorro calado, puedo andar sin miedo a que me conozcan.

—Bien, don Marcelo. Has sido de nuevo mi sombra buena. Ya que en sólo una hora oíste cosa útil

—Hice más. Cuando el bebedor se fue, pedí vino a la india, enseñándole moneda y a la vez diciéndole que quería ver al lugarteniente de Leblond. Ella me dijo que fuera yo mismo al cuarto del final de las salas, a menos que estuviera ciego para no saber dónde estaba la alcoba de la prisionera. La alcoba da, pues, a la fachada posterior. Creo que ha sido buen trabajo, señor.

La diestra de Lezama se posó sobre la espalda de “Cien Chirlos”, y la voz del Pirata Negro tenía contenida emoción:

—Tu mejor trabajo, guapetón. Y ahora queda lo más fácil, que entre los dos no fallará. Yo entraré en el caserón “Calma Chicha” y creo que llamaré poderosamente la atención apenas entre. No tardes ni un segundo en arrimarte a la fachada posterior... Si no sabes asaltar una alcoba, y despechugar silenciosamente a un pirata

francés; no eres tú el que está aquí a mi lado.

—Señor..., yo también puedo llamar la atención entrando en el caserón..., mientras tú, por la fachada posterior, das libertad a tu esposa, mi señora.

—No seas presumido, aragonés. ¿De cuándo acá vas tú a compararte en categoría a mí? Si tú entrases, ¿sabes lo que sucedería? Te liquidarían prontamente.

—Podemos los dos ir a la fachada posterior.

—No.

—Sería facilísimo, señor.

—Sólo hay esta posibilidad: las ropas del lugarteniente de Leblond para Mireya, y los dos podréis escapar, si en las salas de "Calma Chicha" hay animación suficiente para que nadie oiga ruidos ni piense en la alcoba. Y aunque entren en la alcoba, habrá pasado tiempo suficiente para que ella y tú estéis junto a los caballos. Porque mi entrada allá dará margen a la huida. La tuya, no. Soy el conde Ferblanc, y huésped, por lo tanto, privilegiadísimo.

—Los dos por la fachada posterior podemos...

—Tu terquedad me está enojando, bellaco.

—Si los tres podemos huir...

—¡No! Huir sólo será posible si cuantos hay en el interior están atareados oyendo o insultándome. A ti te darían muerte demasiado rápida. Y aquí sólo importa una cosa, ¡maldito aragonés terco!... ¡Ella! Y ella sólo puede salvarse contigo.

Peinó un silencio embarazoso, que rompió el Pirata Negro para decir:

—Estoy de buen humor, guapetón porque ahora veo que Mireya va a irse en seguridad contigo. Dile que yo la espero a tres leguas..., por si acaso se extraña de verte a ti y no a mí. ¿Por qué hundes el rostro en el suelo, bellaco?

"Cien Chirlos" siguió con el rostro pegado a la hierba y tratando de sofocar el gemido que sabía lanzaría si dejaba rienda suelta a los sollozos que sentía temblar en su garganta.

—No llores, viejo...—dijo Lezama, pasando su diestra por el cuello rugoso del pirata. Era la vez primera que lo llamaba así. —Eres un viejo robusto que a lucha abierta vencería a cuatro jóvenes bien alimentados... Pero has de pensar que para tu vejez necesitas caldos calientes. Y ¡yo quiero irme sabiendo que tú velarás en lo

futuro por ella!

—Poco he... de durar, Carlos...

—Suena bien en tus labios mi nombre, viejo. No seas blandengue, porque has de, vivir forzosamente, ya que quiero que Humberto sea algún día algo semejante a lo que prometía ser Carlos... Ahora podemos enternecernos, viejo. Aquí nadie nos ve ni nadie nos oye, y todo lo vemos y oímos si alguien se acercase. ¡Cuántas veces al verte recordaba cuando Carlos y tú os sacudíais las greñas! Tú de mentirijillas, pero el chaval te arreaba de firme.

—¡Majo que era el jabato!

—Pues es tu obligación que Humberto sea parecido a Carlos.

—Lo intentaré, señor...

—Yo también me llamo Carlos.

—Lo intentaré, Carlos..., pero tu Humberto es flojillo por culpa de su violín.

—Rómpeselo. Dile a Mireya que debe volver a Francia. Casi es mejor que yo... Bien, es preferible que yo me ausente. Así, ella podrá volver junto a Humberto y ser madre que poco a poco se apaciguará porque lo merece. ¡Gran dama es ella, guapetón! Me ha hecho feliz, y te juro que voy allí dentro como a una fiesta, porque sé que no es estéril mi... mi última bravuconada.

Volvió “Cien Chirlos” a hundir el rostro en la hierba.

—Tus lágrimas son muy de macho, don Marcelo. No las ocultes, que ahora no caben regaños. Mírame... Aunque en tinieblas, ya tus ojos están avezados a distinguir. ¿Es fingida mi sonrisa?

—No. Estás alegre.

—Pareces reprochármelo. Compréndelo, viejo. Mientras allá dentro todos se alboroten, yo pensaré en Mireya junto a Humberto, y tú, gruñón y cascarrabias, velando por los dos. Y habrá noches en que percibirás algo semejante a un beso en tu mejilla... porque un espíritu de hombre puede besar a otro hombre. Será un beso de gratitud, viejo. Acompañarme a morir sería fácil para ti. Por eso tienes que ser mi lugarteniente eterno, aceptando lo difícil: vivir sin más lucha que la que te dé oír el violín de Humberto.

—¡Señor! ¡Mata a muchos!

—Descuida, que irán bien servidos, aunque el primer turno corresponderá a Leblond.

—Y... yo podría, cuando tu esposa estuviera a salvo, regresar y

prender fuego a las cañas..., ¿sabes? Pero a gatas y a la chita y callando.

—No. Ya algún día arderán esos malditos antros. Bien, bien, don Marcelo. La luna está sobrando, y, como se ha dado cuenta, está abriendo la boca pidiendo a aquellas nubes que se acerquen. Cuando el primer cacho de nube roce la faz de nuestra amiga, me iré... Y tú, dos minutos después que yo.

Miró a lo alto "Cien Chirlos" y le pareció que las aun lejanas nubes, a pesar de avanzar lentamente, corrían desenfrenadas...

Al obscurecerse la luna... "él" partiría a una muerte segura, sin el menor resquicio de salvación.

Y esta vez los lagrimones que pendieron de los ojillos del lugarteniente éste no los ocultó, sino que los sorbió en mueca infantil, pese a su rostro patibulario.

—¡Tate!... Tienes más agüilla en los ojos que cabe en un barril. Hablemos del "Aquilón". En él llevarás a mi esposa a Francia, y después... véndelo.

—Tu esposa, mi señora, no querrá que se cometa tal estropicio. El "Aquilón", sin ti, se negará a navegar. Fuego pido, señor, fuego que las manos de tus piratas enciendan, y la primera antorcha será la mía. ¡Y si los soldados del almirante no gastan todas sus municiones en salvas de honor..., algo les contaré yo!

—Sea. Fuego para el "Aquilón".

De pronto dióse "Cien Chirlos" una bestial palmada en la frente. Miróle sonriente el Pirata Negro.

—¿Se te olvidaba algo importante?

—¡Los tres percebes! Bueno, digo los tres que enviaste a la espía. Se habrán enterado que está tu esposa, mi señora, y poco han de valer si ellos no dan libertad a tu esposa. Podemos, pues, esperar a entrar en contacto con ellos. Marcos y Mariano son listos, y Senén, aunque es algo palomino, es un bragado.

—Lo siento, viejo, pero olvida esa esperanza. Los tres han muerto.

—¿Cómo... lo sabes?

—¿No has oído decir que Mireya sigue prisionera? Es, pues, evidente que han muerto. Sabes que Marcos adoraba a Mireya, y no hubiera consentido que ella estuviera un solo instante en aquel infecto caserón... Hay, además, otro síntoma infalible. ¿Ves tú algún

lienzo blanco en copa alguna de árbol?

—No.

—Todas las noches, a las nueve, uno de los tres colocaría ese lienzo blanco que no vemos para señal del enlace de la Legión del Mar, que transmitía sus mensajes. Y el enlace sabía que, de no ver el lienzo..., habrían muerto los tres.

—Entonces, señor...

—Ya va la nube a besar a su amiga la luna. ¿Recuerdas al chaval cuando me pedía que le explicara por qué las nubes impedían que la luna siguiera derramando plata?

—Eso preguntó cuando navegábamos a altura de la costa portuguesa. Y tú le dijiste que las nubes eran mantas que los espíritus de los marinos tendían para recoger la plata e irla a convertir en broches para sus muchas novias.

—Y el chaval no se quedó convencido. Era poco romántico. No tenía nada de poeta. Contestó que admitía lo de las mantas, pero no lo de los broches, porque un buen marino prefería gastarse la plata en vino peleón.

Enderezóse Lezama sobre los codos.

—Todo está dicho, viejo. De ti depende ella. ¿Qué tal si nos diéramos la diestra? Hay calor de palmas que son más elocuentes que las palabras.

Las dos manos se estrecharon en recio apretón, hasta que, de pronto, “Cien Chirlos”, arrodillado y sintiendo libre la suya, murmuró:

—Adiós, Carlos.

—No. Hasta la vista. En una estrella de las más cómodas te guardaré sitio..., y nadie lo ocupará hasta tu llegada. También las estrellas necesitan lugartenientes de tu talla. Hasta la vista, guapetón.

—Hasta la vista, señor.

Dos minutos después, cuando había ya el Pirata Negro atravesado el umbral del caserón “Calma Chicha”, se puso en pie “Cien Chirlos”.

Y roncamente, a la vez que terminaba de contar el número ciento veinte murmuró, amenazador:

—Vas listo, lugarteniente de Leblond. Te voy a atrapar vivo para que cuando recuperes el sentido te veas colgado entre las brasas del

“Aquilón”.

Y dirigiéndose hacia la parte posterior del caserón, dando un rodeo comprendió inesperadamente cuál era el exacto dolor que sentía un padre al perder a su hijo.

Sabía ahora que su afecto hacia el Pirata Negro tenía todas las características del amor paternal, aunque él experimentara el mayor de los respetos hacia el hombre que sonriente había ido a morir exponiéndose a horribles torturas.

* * *

Fue primero la criada india la que abrió la desdentada boca, sorprendida.

No conocía al conde Ferblanc ni de oídas. Su extrañeza se debía a que, aparte Fenimore Graskell y Narcisse Leblond, nadie de los cañaverales vestía ropas limpias, y elegantes.

Y era marcial la apostura del hombre que, terciada la capa negra y ladeado el sombrero de ancha ala, vestía sobrio jubón con coleto de encaje, y cuyas calzas negras hacían aun más resaltar la guarda de la espada en que apoyaba la diestra.

Después, hubo uno que se atragantó, dando un codazo a su vecino... Otros dos se pusieron en pie, llevándose las manos al cinto.

Carlos Lezama siguió andando hasta llegar a la segunda sala, donde un rumor a sus espaldas le anunció:

—¡El perro Ferblanc! ¡El renegado Ferblanc!

El Pirata Negro apoyó las espaldas en una pilastra, e hizo una reverencia breve.

—Ya que hay ujieres también en los cañaverales, me limito a saludar a la apestosa cofradía de los piratas sin enrol.

—¡Es el conde Ferblanc!...—oíase.

Oyóse el amartillar de una pistola.

—¡Tate!... ¿Habrá algún osado que pretenda arrebatarle mi pellejo a Narcisse Leblond?... No ignoraréis, hatajo de cerdos, y que me perdonen los jamones, que tiene pena de muerte el que me reciba efusivamente usurpando el derecho de “Mefisto”.

Todos los rostros denotaban torvas intenciones. Pero contuviéronse los brazos, volvieron los puñales a sus vainas, y dejaron de asomar las pistolas fuera de sus fundas o cintos.

El Pirata Negro, apoyado en la pilastra que defendía sus espaldas, Fue comprobando que de las otras salas acudían más

curiosos, que fueron apiñándose a unos pasos frente a él.

—Algunos me miráis como si anduviera yo flojo de cascos. O me podéis creer un doble gemelo del conde Ferblanc. Con mi figura sólo hubo un molde...

—Hacedle callar a esa fiera bravucona—rezongó uno.

—Nos está retando.

—¡Nadie se atreva con él! ¡Leblond es quien debe entendérselas con este león plateado!

—Pronto quedarás sin garras y sin melena, conde Ferblanc.

El Pirata Negro hizo una mueca sarcástica, acompañando cada comentario.

Y su don de mando se impuso a los que terminaron por callarse. Había algo inexplicable en la serena actitud del que a solas había penetrado en el caserón de los cañaverales.

Y tenía que haber venido solo, porque ningún centinela había dado la voz de alarma, anunciando grupo armado...

—Si tarda mucho en venir Leblond me voy a cansar de esperarle y tendré que ir a darle cachetes en las mejillas y sacarlo fuera de su propio barco...

Un estremecimiento recorrió a los apiñados maleantes. Acababa de entrar un individuo alto, rubio y ceremonioso, pues, inclinándose con gracia ante el Pirata Negro, saludaba:

—¡Cuánto honor, señor conde! Agradezco vuestra gentileza en haberos molestado en venir. Estaba en aquella sala—y señaló Leblond hacia el fondo— conversando amigablemente con mi lugarteniente, cuando alguien vino a golpear en la puerta anunciándome vuestra inesperada visita. Y digo inesperada, porque los años, me han hecho escéptico en lo tocante a los amores conyugales, cuando han pasado varias lunas de miel consecutivas, convirtiéndose en hiel o en frialdad.

—Vuestra labia me abruma, señor. Pero creo que no hemos sido presentados.

—Narcisse Leblond, encantado de serviros pronto y bien.

—Conde Ferblanc, complacido en produciros encantamiento.

Sonreían ambos, mirándose detalladamente.

—Sois tal cual me dijeron, conde.

—Vos me habéis defraudado ligeramente, Leblond.

—¡Cuánto lo lamento! ¿En qué os defraudo?

—Me dijeron que erais viva estampa del diablo..., y, francamente, tengo en mucha estima al diablo, y no creo se rice el cabello con tenacillas ni emplee olor a flores para engomarse los bigotes en las puntas. Si sois hermano del diablo, sois un diablo exquisito.

—En París corre un refrán que asegura que ríe mejor el que ríe el último.

—Os advierto que he venido dispuesto a no perder la sonrisa, y en cuanto al último que ría, eso se verá a su debido tiempo.

—Tenéis renombre de fiera bravucona, señor conde. Será seguramente porque hasta el presente momento no habéis encontrado la horma de vuestra bota.

—¿Dónde está el zapatero? ¿Sois acaso vos?

Narcisse Leblond, con semblante complacido, señaló la muralla humana que en filas apiñadas agrupábase tras sus espaldas, llenando por completo la vasta sala.

Sólo quedaba un espacio libre alrededor de la pilastra contra la cual apoyaba sus espaldas el Pirata Negro.

—Vos tenéis buen ojo medidor, señor conde. Podéis contar pronto el total de hombres decididos, a mataros que hay aquí dentro.

—Unos cuarenta.

—Habéis, pues, calculado que ni vos ni un titán mitológico puede salir con vida de aquí dentro.

—Os haré una confidencia: no quiero vivir después de haberos visto.

—¿Por qué?

—Antes tenía una amable benevolencia hacia mis semejantes, pero al veros me ha entrado verdadera repugnancia al darme cuenta que vos sois en apariencia un ser humano.

—Vivir para ver, conde Ferblanc. Os juro que me proporcionáis la mayor de las plenitudes gloriosas. Darme cuenta que estáis en mi poder, me sume en deliquios de orgullo. ¡Allí es nada! El Pirata Negro, el fiero bravucón, que de todas las celadas supo escapar, no podrá salir indemne de manos de “Mefisto”. Y cuando pasen los años, habrá joven marino bisoño que, cuando pregunte quién era el conde Ferblanc, oiga la respuesta de que fue el amo del Caribe, hasta que Narcisse Leblond le ajustó las cuentas..., con un ajuste

que la Historia anotará como excepcionalmente genial.

El Pirata Negro contempló las fauces patibularias de los que escuchaban interesados el diálogo. Era como un preludio ansiado, y que los propios oyentes deseaban se prolongase, porque la próxima muerte del jefe de la Legión del Mar suponía menos para ellos que la conversación, que significaba una agonía anticipada...

Y a él también le convenía se prolongara aquella pausa, para dar tiempo a que "Cien Chirlos" huyera rescatando a la mujer prisionera, que suponía era Mireya de Ferjus.

—También la Historia dirá que voluntariamente, a solas, y con el único recurso de su lengua, su espada y su brazo, el Pirata Negro se metió en la cueva de sus asesinos. No Fue un sacrificio baldío, porque al menos demostró algo: que morir en empresa heroica es vivir eternamente en la gloria humana.

—¿Y vos, el león plateado, fiera de muchas experiencias, tanto aprecio le tenéis a la opinión de los hombres del mañana?

—Podré servir de ejemplo, y aun con mi muerte dar lección. Porque los cobardes nunca escribieron historia. De todas formas, Leblond, tened en cuenta que, al escribir esta página, pondré letras de sangre. No pienso irme solo.

Narcisse Leblond asintió con una lenta cabezada.

—Indudablemente, me hago cargo que no pensáis ofreceros como un carnero. Sois rápido de manos, y fuerte. Fácilmente, uno de mis compañeros os podría disparar el plomo que segara vuestra bravuconada, convirtiéndoos en triste mudo muerto pobremente, de forma vulgar y sin pizca de realce.

—Tengo un oído muy agudo, Leblond. El chasquido de la piedra a golpear el pistón, señalaría el momento en que vos recibiríais otro plomo vulgar.

—Ni vos ni yo merecemos tal muerte. Soy sincero.

—Para abatirme se precisan muchos plomos. Y también el silbido de un puñal señalaría el eco de otro que os haría seguir mi suerte.

—Ellos—y Leblond echó hacia atrás la cabeza—saben perfectamente que vos me pertenecéis, puesto que si halléis acudido es por la índole especialísima de mi invitación.

Con el convencimiento de que ya "Cien Chirlos" había salvado a Mireya, puesto que de la habitación del fondo nada se oía, el Pirata

Negro sentía aumentar en él un sentimiento de liberación.

El sentimiento del que, arriesgando la vida en mil combates, ahora se disponía a morir alegremente, porque su muerte significaba la resolución de lo que en vida no podía solucionarse por su propia existencia: la unión completa de Mireya y Humberto de Ferjus.



...se metió en la cueva de sus asesinos.

Por eso fue con verdadera y sincera satisfacción que guiñó alegremente hacia todos los forajidos.

—Presumo de conocer el ganado humano de vuestra ralea. Íntimamente me llamáis imbécil por venir aquí a morir. Sin embargo, también os decís que hay gallardía en mi gesto. Y eso os

confunde: no podéis comprender por qué un hombre que todo lo poseía, dinero, poder, respeto, lo abandona y ríe. Es que yo tengo algo que vosotros no conocéis: alma.

—Tienen alma, igual que yo, señor conde — terció, irónico, Leblond—, y cuanto habéis dicho es truculento... Ellos son bastos e incultos, pero yo soy más fino, y vuestras palabras, aptas para conquistar a brutos, no pueden convencer a un temperamento cultivado como el mío.

—Confesad, no obstante, que os intriga mi actitud. Pensabais, quizá, verme rabioso, echando espuma pollos belfos, y os molesta que acuda como el bien cenado burgués a un baile de corte.

—En cierto modo, admito que algo hay equivocado... en vos.

—¿Cuál es la equivocación?

—Parecéis olvidar, señor conde, que vuestra muerte no evita la suerte que correrá la encantadora señora marquesa de Ferjus.

—Olvido las faldas, porque son sensiblerías.

—Sensiblerías que aquí os han traído. Razón tenía el abuelo de Fenimore Graskell al asegurar que los buenos sentimientos producen complicaciones. Es más inteligente el que renuncia a entorpecerse con esposas, hijos y hogar. Nosotros nada tenemos, y al nada poder perder, nos da igual vivir que morir.

—Renuncia hice a todo al entrar aquí; por lo tanto, igualados estamos en este aspecto. Pero hay uno esencialísimo que nos diferencia: he conocido la belleza de vivir, con todas sus complicaciones. Pero no soy un reptil frío y viscoso, sin calor, vacío, como no sea podrido por el veneno del mal. ¡Vosotros que escucháis!... Sois morralla, piltrafas de deshecho, que ni un cerdo hozaría... Pero fuisteis personas humanas en alguna ocasión..., allá cuando teníais ocho años, por ejemplo. Y durmiendo, a veces., sois humanos. ¿No sentís al despertar cierta molestia en la boca del estómago? No os lo produce ni el vino ni el yantar. Es ansia de algo indefinible que nunca poseeréis aquí en los cañaverales...

Miró en redondo el Pirata Negro, y, de pronto, con el mentón señaló a un patizambo que en primera fila le miraba receloso.

—Tú mismo, "Riñones". Desertaste del "Aquilón" porque robaste el saco de otro. Desde entonces han pasado años... Habrás cometido fechorías abundantes. Te recuerdo por tus patas torcidas y tu hocico que hace juego con tus remos. Te apodaban "Riñones" porque

siempre andabas presumiendo de ellos. ¿Verdad que ahora ya no luce la luna para ti como en baño de plata limpiando la cubierta del “Aquilón” por tus noches de guardia? Ahora la luna es para ti un brillo de sudario gélido, que te hiela hasta el tuétano, y aunque bebas para escapar a tu vaciedad, no puedes. Y así todos vosotros. Estáis en pie, pero muertos, sin vida, porque todos cuantos crímenes cometisteis os atosigan, no por temor a los fantasmas, sino por inconsciente deseo de algo que nunca obtendréis: esa paz qué obtiene el buen hombre cuando en su hogar reparte sopa y se siente creador de un bienestar.

Narcisse Leblond rió sarcásticamente.

—Oíd todos al frailón predicador, hermanos míos.

Su grosera chanza, destinada certeramente a distender los ánimos de los que escuchaban, descargó la atmósfera de la extraña tensión que las lentas palabras del Pirata Negro habían producido.

Rieron todos paulatinamente, con alivio. Y cesaron al oír la breve carcajada, ésta realmente sincera, del Pirata Negro, que, insertos los pulgares en el cinto, reía gustoso...

Narcisse Leblond arqueó las cejas mefistofélicas.

—Suena tu risa muy desafiante, Ferblanc.

—Porque yo, el presunto cadáver, río con vida, y vosotros, los vivos, reís fúnebremente, como muertos cosquilleados por los gusanos internos que os corrompen.

—¡Basta de charla!—gruñó “Riñones”—. ¡A por él, Leblond!... ¡O le ajusto yo mismo las cuentas!

—¿Oíste, Galimard?...—dijo suavemente Leblond, sin volver la cabeza.

Sonó un disparo, y aun no subía el humo espesándose alrededor del costado del apodado “Riñones”, cuando, el mismo que con zurda acababa de disparar su arma, con la diestra asestaba una bestial puñalada en la nuca fiel desertor del “Aquilón”...

Cayó de boca el hombre patizambo, y a su lado, Galimard, uno de los piratas de Leblond, dijo, lacónicamente:

—Oí, capitán Leblond.

—Sirva de aviso, compañeros. Yo hago las cosas, a mi modo porque para eso os domino en inteligencia. Comprenderéis que matar a Ferblanc vulgarmente no sería suficiente, venganza. Yo juré que besaría mis botas y después colgaría de mi palo mayor.

—Un juramento en falso más o menos no te aturulla, Leblond, Pero, para que bese yo tus botan, tendrás tú que sacarme la lengua y cogerla con los dedos. Y eso supone que estaré yo sin movimiento. Hasta ahora nos separan unos pasos. Quien dé la señal de avance, dará el aviso para que empiece la danza, y cogerme a mí vivo no lo esperéis, queridos insectos. Y tú, Leblond, que tienes merecida fama de vanidoso, no te has dado cuenta de que tu afán de distinguirte de los demás te ha hecho colocarte en poco estratégica posición. Si retrocedes ahora, tus compañeros comentarán que ante un hombre solo, y estando tú con las espaldas cubiertas por cuarenta, retrocediste. En el Caribe la fama de valiente es lo esencial, Leblond Aun estás a tiempo para ocultarte. Te lo consiento... Soy generoso... Retrocede, y del pistoletazo cuádruple que recibirás te quedarás seco para siempre, y la Historia, que parece interesarte, dirá que Leblond, alias. “Mefisto”, murió como un pobre diablo en su misma covacha. Fuiste torpe, Narcisse Leblond. Te pusiste en primer término..., y ahora vamos a bailar juntos a la que tú des la señal.

Narcisse Leblond era valiente. Rió agudamente.

—He adivinado ya por qué estás tan entero, Ferblanc. También comprendo por qué has entrado tan espectacularmente. No eres lerdo, y habrás dispuesto que algunos de tus piratas recorran los lugares en que puedan dar con tu esposa. Y estás dispuesto a morir alegremente, porque supones que ella se salvará. Pues escucha lo más gracioso que en tu existencia habrás oído: nunca tu esposa ha estado en mi poder, ni un segundo siquiera. ¿Oyes bien, fiera bravucona? Tu esposa no está en los cañaverales. ¿No te ríes, león plateado? Has venido a morir gratuitamente... Tu esposa no está aquí ni nunca lo estuvo. ¿Crees que es burda trampa para atormentarte?... Cualquiera de esos hombros puede atestiguarlo la verdad de lo quo te digo.

—Tu mentira alecciona a los otros, para que repitan lo mismo. Te conozco de oídas, “Mefisto”... Te dan renombre de infernal porque sabes siempre hallar la frase que puede molestar. Digas lo que digas, no voy a creerte.

—¿Quién raptó a tu esposa?

—Un chacal llamado Cheij Khan. Por orden tuya.

—“El Chacal” no acepta órdenes de nadie. Consintió porque tenía algo que vengar en ti. Tú mataste a sus padres. Y es un árabe

vengativo y paciente. Habíamos, quedado que en el delta me entregaría a tu encantadora mitad. Se negó alegando que quien roba fruta de ajeno cercado, se la come, porque también incurre en el riesgo de indigestión. Y eso es lo gracioso. Caíste en la trampa. Leíste mi carta, y diste por seguro que aquí estaba Mireya de Ferjus. Y ella está quién sabe dónde, en alta mar o en baja costa. Cheij Khan pretendía usarla como señuelo, y él y tú os quedáis chasqueados. Él, porque tú nunca acudirás a entregarte, y tú, porque has venido aquí, sin obtener lo que te proponías. Un jefe como tú, cuando llega dispuesto a suicidarse, es porque ha preparado un desquite. Creíste que algunos de tus expertos piratas en el arte de infiltrarse lograrían rescatar a tu esposa. ¡Oh, manes, del orgullo sentimental! Bella muerte la del Pirata Negro, dirían a la posteridad las crónicas. Fue a morir porque así rescataba a su esposa amantísima.

—No hacen mella en mí tus dardos, Leblond. Muchos son los años en que he navegado por entre escollos de piratas como tú, que poseían perversa inteligencia, aunque reconozco que tú quizá les ganes a todos porque tienes labia de abogadillo astuto.

—Hay un frunce en tu entrecejo, Ferblanc—sonrió Leblond, afablemente—. Te aprecio porque eres fuerte y duro. Y si bien te desprecio porque de águila libre te convertiste en azor al servicio de la ley, estimo que tu muerte ha de ser genial. Has de morir con la angustia de saber que estéril ha sido tu sacrificio. Tus piratas pueden ir rondando por los cañaverales. No hallarán ni rastro de Mireya.

—¿Por qué supones que hay piratas rondando? También puedes suponer que la Legión del Mar puede atacar de un momento a otro.

—Eso, no. Hay atalayas para divisar grupos de hombres. Y donde pasan varios de uno en uno, no entrarían fuerzas compactas por abiertas que trataran de infiltrarse. Y eso bien lo sabías tú. ¿Quieres una prueba de que tu esposa no está aquí?... Mira aquellos tres ahorcados que van descamándose. Eran hombres tuyos. ¿No quieres comprender que si tu esposa estuviera en mi poder, yo hubiese venido a verte, enlazándola a ella por el talle, como salvaguardia mía, y para darte martirio? Tú no eres hombre humillable por armas ni alegatos. En cambio, sí podía humillarte con amenazas estando presente ella, y dirigiendo mis amenazas a

ella. Piensa tranquilamente, Ferblanc. ¿Cómo yo he aparecido solo ante ti? Porque no la tengo a ella. Si la hubiese tenido, me habrías visto en seguridad, parapetándome tras sus faldas. Encadenada ella, y yo de verdugo tuyo… Estoy solo, y frente a ti. También yo le tengo desprecio a la Descarnada, Ferblanc. Y si muero, porque tu dedo apriete el gatillo antes de que pueda yo evitarlo, moriré sonriendo, porque tú caerás también, y caerás imprecando, porque tu muerte habrá sido un fracaso.

Hizo una pausa Leblond y señaló con el índice la frente del Pirata Negro.

—Hace calor, ¿verdad, Ferblanc?… Sudas…

—Has sabido verter la duda en mi espíritu, Leblond.

Calculó el Pirata Negro que ya sobradamente tenía tiempo “Cien Chirlos” para haber huido con Mireya, y que estarían ambos lejísimos ya. Y de pronto una repentina idea le devolvió la total calma. Si su lugarteniente no hacía acto de presencia, si fuera, verdad lo que decía Leblond, y no fuese Mireya la prisionera del cuarto del fondo, ya “Cien Chirlos” estaría a su lado…

—Sudo porque apesta aquí dentro a mugre humana. Ya que tanto alardeas, Leblond, de ser el amo del Caribe, te reto ante todos esos antiguos valientes. A pañuelo y daga, a espada, a pistola, a cosquillas o a mordiscos, a estaca o cañón, yo te venceré. ¿Te rajas, diablillo? ¿Sudas tú ahora? Pido el círculo de puñales…

Todos los oyentes a una desenvainaron el arma que ninguno de los hampones abandonaba ni para dormir: el cuchillo que tanto les servía para cortar tasajo como para efectuar la última pelea…

Era tácitamente la aceptación del reto que el Pirata Negro lanzaba al pirata francés.

Narcisse Leblond miró a sus lados, y al ver los puñales enhiestos se maldijo íntimamente por haber conducido con tanta torpeza la captura de su enemigo.

Deseoso de burlarse del suicida, ahora, por el código no escrito de los maleantes del Caribe, iba a verse encerrado frente a un temible adversario, en el peligroso “círculo de los puñales”, la humana muralla de hombres que en ancho rodeo, y manteniendo contra sus pechos el mango de los puñales, presenciaban mudamente los duelos, duelos de personajes famosos, impidiendo que retrocedieran más allá de diez pasos, y cerrando toda

escapatoria.

—Yo no he de retroceder, y bien lo sabéis todos—dijo el Pirata Negro—. Podrá alguno intentar apuñalarme por la espalda, pero entonces quedará evidente que Narcisse Leblond fue un cobarde que no pudo vencer al que vino a retarle en su propio feudo. ¿Aceptas, Leblond, o prefieres que tú y yo muramos vulgarmente? Ten presente que todos estos esperan comprobar si realmente mereces ser el gallo de los cañaverales.

Narcisse Leblond se ladeó para poder hablar a los que, puñal en mano, con la punta enhiesta hacia lo alto, parecían aguardar pasivamente.

Habló, sin perder de vista las manos del Pirata Negro:

—Aun yendo a la muerte, este pirata renegado os quiere engatusar. De mí podéis decir muchas cosas, pero nunca habréis dudado de mi valentía. El es un espadachín acabado, y también lo soy yo. Su brazo es recio, y el mío es flexible. Me visteis combatir media hora incansable con Tordu, el maestro de armas francés. Le vencí. No tengo, pues, el menor reparo en encerrarme en el círculo de puñales. Pero ¿y aquel señuelo?—y señaló Leblond hacia el cuarto del fondo—. ¿Quién lo explotará? Ninguno de vosotros tiene capacidad para sacar provecho de la fortuna que representa la mujer prisionera. Es la hija del almirante Diéguez, el “Lúgubre”, y primer jefe de la Legión. Si este hombre me venciera, sé que vosotros le daríais muerte, pero... ¿quién de vosotros sabrá sacar provecho de la fortuna y los privilegios que Milagros Diéguez, la prisionera, pueden representar para los hombres de los cañaverales?

El Pirata Negro, al cual no habían convencido cuantas razones alegó Leblond, quedó ahora absorto. Leblond hablaba sinceramente, y aludía a la prisionera como a Milagros Diéguez.

¿Era, pues, cierto que Mireya estaba en poder de Cheij Khan? Quiso darse confianzas, pensando que “Cien Chirlos” no estaba a su lado, y, por tanto... Pero lo que decía Leblond, y los ceños de los que le escuchaban, rebosaba sinceridad.

—¿Milagros Diéguez? — preguntó—. ¿La hija del almirante?

—Ella misma.

—Murió.

—Eso creyeron todos, y su padre el primero. Pero ya el almirante “Lúgubre” tiene en su poder pruebas convincentes de que

su hija es presa que los cañaverales conservan cuidadosamente...

—¿Por qué darle muerte a él ha de perjudicar en nada a la fortuna y privilegios que podamos sacarle al almirante Diéguez? —Interrogó uno de los hampones.

—El es culto y conoce la aguja de marcar. Os engatusarla como ese pirata renegado trata de hacerlo. Yo, puedo...

—Tú nada puedes—atajó el Pirata Negro—. Tengo que deslomarte, y lo he de hacer aunque sea lo último que haga. Anda, Leblond, prepárate a la pelea.

—¡No seáis estúpidos!...—gritó Leblond—. Este hombre, muerto en duelo o apuñalado por vosotros, representa un triunfo para él. ¿No visteis, algunos, y oísteis los otros, lo que había inventado Cheij Khan para mejor torturar a su enemigo? ¡La jaula! De esta fiera bravucona, que pretendió burlarse de los Hermanos de la Costa, poniéndose al frente de barcos españoles, hay que servirse para dar fama a los cañaverales. Sean su tumba, pero con escarnio.

—¡Eso! ¡La jaula!—gritaron varios de los piratas de Leblond,

—Quiero hablar—vociferó un corpulento sujeto.

—Habla, Torreón—aceptó Leblond. — No eres el más torpe de cuantos aquí hay.

—Siempre vi que el presunto muerto se salvaba muchas veces porque los encargados de sacarle las tripas perdían el tiempo hablando e inventándole muertes. Dar largura a lo que debe hacerse ya es darle una posibilidad de escape.

—No hay tal posibilidad.

El Pirata Negro sacó sus dos pistolas a la vez, apuntándolas hacia Narcisse Leblond.

—Cuarenta ratones dirigidos por un ratón rubio, relamido, y sabihondo, se dispusieron a ponerle cascabel al gato... ¿Quién me pone el cascabel?...

Capítulo IV

El dilema de "Cien Chirlos"

“Cien Chirlos”, arrastrándose cautelosamente, llegó bajo la ventana que en la fachada posterior dejaba atravesar por su rendija un filo de escasa luz.

Sólo tenía ya una obsesión: liberar a Mireya de Ferjus, hacerlo prontamente y sin fracasar.

Estudió los medios: si insertaba cuchillo en la rendija, para hacer saltar la madera o los goznes, produciría alarma...

¿Cómo iba a entrar ahí dentro valiéndose de la astucia? Rascóse un momento la sien. Y quizá por asociación de ideas, empezó a arañar la madera de la ventana.

Abrióse media ventana, asomando por ella un busto... Dos, fueron las rápidas observaciones de “Cien Chillos”. El busto empuñaba una pistola, que no debía dispararse, y la ventana estaba abierta...

Mientras su brazo derecho, a la vez que saltaba hacia arriba, distendiéndose de su acurrucada postura, rodeaba prietamente el cuello del busto, sus dientes mordían con salvaje fiereza los dedos doblados alrededor de la caja de fuego del arma.

Y su mano izquierda apretaba nariz y boca del busto. Atrajo hacia sí y hacia abajo, y Corentin Lamark describió en el aire un arco.

Asfixiado por el brazo que rodeaba su cuello, ahogado por la mano que presionaba contra su nariz y boca, y, dolorido intensamente por el agudo mordisco, que arrancóle de cuajo dos dedos, Corentin Lamark no chocó contra el suelo.

Quedó cabalgando en un hombro de su contrincante, el cual, sobradamente experimentado, comprendió, al sentir la flojedad de

los miembros del achaparrado bretón, que la asfixia había obrado.

No era un hombre muerto el que sostenía sobre el hombro, sino un desmadejado saco, privado de sentido.

Con no menos rapidez de la empleada en su ataque, ató y amordazó “Cien Chirlos” al lugarteniente de Leblond.

Encaramóse en la ventana, y la atravesó. En el cuarto, débilmente iluminado por una linterna, divisábase tendida en el camastro una silueta de mujer.

Percibíase que agotada dormía profundamente, y su respiración ascendía y disminuía con regular ritmo de cansancio vital...

Para evitarse preguntas difíciles, “Cien Chirlos”, tras apagar la linterna, envolvió en las propias sábanas y en la manta a la durmiente, mientras musitaba apresuradamente:

—Silencio, señora. Tengo orden de llevaros a Puerto Colombia. No os alteréis ni habléis. Tenemos que escapar lo antes posible...

Milagros Diéguez se despertó al sentir las manos que, envolviéndola en la manta obscura, la levantaban en vilo. Oyó como en sueños las palabras susurradas por “Cien Chirlos”...

El robusto aragonés dijo puerilmente, al disponerse a atravesar la ventana con su carga femenina:

—Perdonad que os cargue a hombro, señora. Pero estaréis debilitada, y necesito el otro hombro para el tipejo que se atrevió a serviros de carcelero.

Pese a sus dos hombros soportando un peso diferente, “Cien Chirlos” avanzó rápidamente por entre setos y matorrales hasta llegar al paraje donde los dos caballos atados aguardaban.

—¿Podréis, señora, ir llevando las riendas de uno al galope? Procuradlo, que debemos llegar cuanto antes a Puerto Colombia. Hemos de galopar toda la noche...

—Lo haré—dijo en un susurro Milagros Diéguez, velada voz y rostro por un extremo de sábana.

Montó “Cien Chirlos” en el otro caballo, atravesando en la silla el cuerpo de Corentin Lamark.

—Espolead, señora, aunque vuestro caballo, por aquello de la querencia de cuadra, no perderá tramo tras el mío.

Fue una galopada veloz, durante la cual Milagros Diéguez, a medida que iba alejándose de los cañaverales, sentíase resucitar.

¿Sería aquel hombre un enviado de su padre?

Mientras, “Cien Chirlos”, si bien entristecido hondamente, pensaba que la liberación de Mireya de Ferjus era un consuelo para el hombre que habría o estaría en trance de muerte...

Cuando los primeros claro obscuros anunciaron el amanecer, los dos caballos acusaban la fatiga del viaje, y por fin “Cien Chirlos” detuvo su montura, y, para descargarla más aprisa, arrojó al suelo de un empujón al amordazado y atado Corentin Lamark.

Descinchó la silla, y acercóse al montado por Milagros Diéguez, la cual, apeándose, volvíale la espalda, contemplando el amanecer, que era para ella nuncio de nueva vida, donde poder olvidar los horrores de aquellos últimos cinco años.

“Cien Chirlos” agradeció que la que creía Mireya le volviera la espalda y no hubiera empezado aún a preguntar...

Después de descinchar al otro caballo, y mientras los dos se abrevaban en el río, “Cien Chirlos” acercóse a Lamark, al cual puso boca arriba, dándole vuelta con el pie.

—Tú eres el lugarteniente de Leblond, y yo lo soy del conde Ferblanc. Con que ya sabes lo que esto significa. Los lugartenientes de los enemigos de mi jefe son mis enemigos personales. Arderás con el “Aquilón” después de que yo te baya despanzurrado. Ese pensamiento te va a servir de desayuno, so maldito.

Recogió fruta, y de una cuya corteza era dura, formó un rústico vaso, en el cual recogió agua que llevó a la mujer...

Cayó de su mano el improvisado vaso, y soltó una estrepitosa interjección, contemplando incrédulo a Milagros Diéguez, que habíase apartado del rostro el embozo...

—¿Qué os pasa, caballero?...—preguntó ella, sorprendida.

—¡Por cien mil cañones! ¡Maldito sea yo! ¿Quién eres tú? ¿No eras la prisionera de Leblond?

—Lo era hasta que vos me libertasteis. Soy Milagros... Pero ¿a qué tanta extrañeza?

Volvió a correr “Cien Chirlos” arrodillándose junto a Lamark, al que arrancó la mordaza en brusco tirón.

—¡Contesta pronto! ¡Y si español no sabes, por señas vas a hablar, condenado! ¿Quién es esta mujer?

—Milagros Diéguez, la hija del Almirante. Y es pregunta vana, porque bien lo debiste saber, puesto que la has rescatado. Sé quién eres: eres el segundo del conde Ferblanc. Tal me dijiste. No

comprendo por qué, en vez de tratar de rescatar a la hija del Almirante..., no fuiste tú en pos de “El Chacal”, que es el que tiene prisionera a Mireya, la marquesa.

Corentin Lamark habló, aunque con lentitud, claramente, fijando en “Cien Chirlos” sus ojos pardos.

—La carta...—empezó a decir el aragonés.,

—La carta era engaño de mi capitán. Ganó tiempo al árabe enviándola con veloz mensajero. Y supuso que caería en la trampa el conde Ferblanc,

Fue elocuente el espasmo de rabia y dolor que arrugó la horrenda faz del aragonés... Y cometió Lamark su última imprudencia al decir:

—Cayó tu jefe en la trampa, ¿no es así?

Alzó “Cien Chirlos” los dos puños, descargándolos repetidamente, para desfogarse... Logró apaciguarse, pero el cráneo roto de Corentin Lamark atestiguaba que el furor de “Cien Chirlos” había sido intenso.

Milagros Diéguez, sorprendida por la extraña actitud del que creía su voluntario salvador, se había acercado, oyendo toda la conversación, y su epílogo sangriento.

Endurecida por la contemplación de muchos actos feroces, sólo vio en el muerto a uno de los tantos que la habían atormentado.

Pero empezó a comprender... Por alguna razón desconocida, aquel robusto atleta de canosa pelambre la había salvado, confundiéndola con otra mujer: con la marquesa Mireya...

—No había en los cañaverales más prisionera que yo—empezó a decir— Oí como este hombre le contaba a Leblond que “El Chacal” se había llevado a bordo a la marquesa Mireya, pero...

—¡Calla tú, calla¡—mascculló torvamente “Cien Chirlos”, alejándose hacia el río, donde hundió el rostro, refregándoselo vigorosamente en busca de claridad para sus ideas confusas.

Cuando volvió, miró con fiereza a Milagros Diéguez.

—Ya puedes largarte, mujer, y dile a tu almirante del infierno que tu pellejo se lo debes al hidalgo Carlos Lezama. Pero no lo agradezcas ni tú ni tampoco él, porque ha sido por error. Que si yo sé que eras tú la prisionera, ahí te pudres.

—¿Dónde os vais, caballero?—preguntó, al ver a “Cien Chirlos” colocar la silla a lomos del caballo."

—A mí no me florees tú con “caballeros”, ¡maldita seas!

—Pensad que no tengo culpa de vuestro desengaño. Yo he sufrido mucho, y para mí éste es un nuevo día lleno de luz y…

—Lárgate. Por allá, siguiendo siempre al Oeste y la margen de este río, hallarás a las lomas que dan vista a Puerto Colombia. Cuando veas a tu padre, podrás decirle que de almirante tiene lo que yo de arcipreste, si cuando sepa que el conde Ferblanc ha muerto en los cañaverales permite que sigan las cañas en pie o lo que de ellas quede, porque allá voy a prenderles fuego…

—Moriréis…

—Métete en tus asuntos, maldita… tramposa.

—Trampa no hubo. Si guardé silencio, Fue porque vos mismo me lo ordenasteis… Os creí enviado por el almirante, que…

—Aquel caballo te llevará a Puerto Colombia. Y si te salen indios al paso, diles que tu papá es el almirante, que, confortablemente despechugado en sus cuatro colchones, duerme tranquilo, mientras mi jefe… moría como quien es: matando a diestro y siniestro.

—Yo soy joven y mujer, pero vieja me hice oyendo a hombres de mar. Y un reproche tengo que hacerte.

“Cien Chirlos” bramó varias imprecaciones, para terminar gruñendo, amenazador:

—Vete ya, espina… Tienes ínfulas de almiranta. ¿Reproches a mí? No te he salvado más que por confusión, pero no me andes hurgando el saco de las malas pulgas, porque te devuelvo a los cañaverales y allá te las compongas.

—La vida la debo al sacrificio que el conde Ferblanc hizo de su existencia. No importa que él creyera mandarte a salvar a su esposa. Él y tu sacrificasteis… dignidad, posición y vida… ¿Va a ser inútil el sacrificio de tu jefe? ¿Vas a permitir que la marquesa Mireya corra la misma suerte que yo corrí, porque nadie vino a salvarme de mi triste sino?… ¿Permitirás que “El Chacal” no tenga enemigo valiente que en nombre del conde Ferblanc le rete? ¿No eres tú el lugarteniente del conde Ferblanc? Su barco te pertenece, y ¡si eres su segundo debes vengarle!



—¿Reproches a mí?

"Cien Chirlos" quedóse en silencio unos instantes, mientras Milagros Diéguez, terminada su vibrante alocución, ensillaba su caballo.

Montó "Cien Chirlos", y, ya cogiendo las riendas, dijo:

—Tienes razón. Yo debo vengar al conde Ferblanc. Y él me dijo que yo debía velar por la marquesa. Le desobedecería si fuera a los cañaverales.

Sólo un cuarto de hora después, cuando la anchura del sendero permitía a las dos cabalgaduras ir juntas, dijo de pronto el aragonés:

—Y tú..., ¿cómo pudiste tener tanta elocuencia?

—Por agradecimiento al que, por una mujer, su esposa, fue en busca de la muerte, realizando su última buena acción: darme vida a mí. Todas las noches yo suplicaré que la justicia que ningún hombre puede administrar, conserve la vida de la marquesa Mireya.

"Cien Chirlos" no hizo comentario alguno, pero al mediodía, aunque con brusquedad, demostró que ya no guardaba rencor a la rescatada equivocadamente:

—"Él" te ha salvado, señora. Y lo mereces, puesto que me has evitado un ofuscamiento. ¡Yo iré en pos de "El Chacal"!

Capítulo V

Don Juan Diéguez

Escasamente a la media hora de haber entregado su carta de respuesta a Narcisse Leblond, el almirante Diéguez desciñóse el cinto, colocó la espada encima de la mesa, y la guarda destelló fulgores de piedras preciosas en el escudo e insignia de su elevado cargo.

Mandó llamar al capitán Lope Holgado, con el que sostuvo una extensa conversación, terminada la cual señaló el almirante las armas colocadas sobre la mesa:

—Vos, capitán, me representáis accidentalmente, hasta que mi cargo sea ocupado por nombramiento. Es mi última orden.

—Pero, excelencia...—empezó a decir, vacilante, Lope Holgado, íntimamente asustado ante las draconianas órdenes de exterminio recibidas.

—Don Juan Diéguez, a secas, capitán Holgado. E insisto en ello, porque quien ahora mismo parte a los cañaverales no es el almirante, sino don Juan Diéguez, un castellano vulgar...

* * *

La acción del Pirata Negro al apuntar rápidamente con sus dos pistolas a Narcisse Leblond demostró la sangre fría de éste, quien, pese a toda su inmensa maldad enfermiza, era hombre valiente.

—Veloz eres de manos, Ferblanc... Y graciosa es tu comparación al semejarme a un ratón rubio y relamido. Yo te he de poner el cascabel, muerto el gato o vivo.

El llamado Torreón, alto y ancho, gruñó torvamente:

—¡Basta de charla! Sois los dos jefes de altura. Sabéis que ninguno de nosotros intervendrá ni para favorecer a uno ni a otro. Salid fuera, y a la luz de las linternas que venza el más capaz.

—Mandón está el hombre—comentó el Pirata Negro—. Pero también le sobra razón. Hemos hablado bastante, Leblond.

—La mitad de vosotros a retaguardia, por si el gato pretendiera escapar—ordenó Leblond—. La otra mitad esperad en el exterior, y formad un círculo de puñales.

Cuando una veintena de forajidos hubieron salido, y otros tantos quedaron cerrando el paso a la otra sala, Narcisse Leblond inclinóse con gracia:

—Vos primero, conde Ferblanc. Yo no poseo título nobiliario, y, además, estáis en mi casa.

—Tal casa, tal anfitrión. Os agradezco los honores, Leblond. Sois un cerdo inmundo, pero tenéis gracejo. Habríais sido un excelente chambelán si vuestro cerebro no fuera una charca pestilente de ideas malignas.

—¡Que me complace!—sonrió Leblond—. Precededme.

—Dadme vos el camino.

—¿Acaso no os da seguridad tenerme tras vuestras espaldas?

—Tú lo has dicho, angelito.

—¿Y qué seguridad me ofrecen vuestras dos pistolas mirándome con negros ojos, más siniestros que los vuestros propios?

—Quiero que mi último combate lo sea digno de mí, que no ya de ti.

—Tendré que demostraros que fío en vos.

Y Leblond echó a andar.

Fuera, en la explanada, ante el caserón, y bajo las linternas que colgaban de cinco pilastras, formaban círculo los maleantes, a los que se agregaron los restantes.

En el centro, Narcisse Leblond, con lentitud, quitóse el cinto del que coleaban las pistolas y lo arrojó atrás, conservando bajo el sobaco la espada y funda.

Quitóse la casaca, y quedó en mangas de camisa,

El Pirata Negro tiró las dos pistolas, y, arrojando capa y chambergo, abrióse el jubón.

Leblond, con gesto arrogante, desenvainó el acero, agitándolo y lanzando por encima de las cabezas de los espectadores la funda, que, restallando, atravesó el aire enrarecido,

Cogió con la mano izquierda la punta de la espada, arqueándola por delante el pecho.

—Quiero, antes de empezar la lucha, dos testigos que velen por el cumplimiento de todos los lances. Tú, Galimard, y tú mismo, Torreón, seréis jueces de campo.

Los aludidos asintieron. Todos los que formaban el círculo mantenían contra sus bustos el puñal, con la punta dirigida hacia fuera.

—Y tú, conde, tendrás el privilegio de ser tratado como un hombre de los cañaverales. Esta es la ventaja que te da Leblond— dijo jactanciosamente el francés.

Sabía Leblond que, más que su propia piel, se jugaba allí el prestigio. Si lograba vencer al Pirata Negro, su fama ascendería a la cúspide.

—La ventaja te la di yo, que a tu terreno vine. Pero hora es ya de dejar lengua a los aceros.

—Si la espada no bastase—dijo lentamente Leblond—, por quebrarse o por mal herir, derecho tenemos a que un puñal nos sea entregado. Pero dé este círculo sólo podrá salir el que vivo quede.

—Más modesto soy yo, Leblond. De este círculo no saldrás tú, porque aquí estoy yo. Después..., allá ellos conmigo.

Narcisse Leblond adoptó la clásica postura del duelista. Besó la hoja, conservándola unos instantes ante el rostro. La abatió, y, abriendo el compás de las piernas, arqueó hacia atrás el brazo izquierdo, mientras su acero en alto aguardaba.

El Pirata Negro besó también su espada, pero la alzó mirando en redondo suyo.

—A todos vosotros, morralla, os ofrezco la ocasión de ver cómo el que va a morir sabe matar. ¡A ello, “Mefisto”!

Tanteáronse las dos hojas con hábiles toques de consumados maestros. Tanto Leblond como Lezama se desconocían...

La muñeca del francés era dura y flexible a la vez. Sus estocadas de finta y sus amagos de tajos secos iban explorando hasta dónde podía confiarse.

El Pirata Negro, a las pocas do cambio, comprendió que no era bravata la afirmación de Leblond de que se consideraba la primera espada del Caribe.

Unía a su flexibilidad corporal un dominio absoluto ele cuantos secretos contenía el peligroso arte de la esgrima.

Y como buenos duelistas, movían solamente el busto, cintura y

piernas en flexiones, sin avances ni retrocesos, manteniéndose en la misma línea central.

De pronto, Leblond dobló la rodilla, tendiéndose a fondo y aplicando la mano izquierda. Había descompuesto la figura, para intentar la temible estocada florentina.

Un sesgo lateral, alzando la punta, que era finta para en realidad, con altibajo, rasgar el flanco adversario.

La contraparada justa y matemática del Pirata Negro obligó a Leblond a ladearse, para con la hoja parar el golpe frontal, y por unos instantes quedó el francés arrodillado y en postura comprometida, hasta que en ágil escorzo saltó hacia atrás...

—¡Bravo, capitán Leblond!...—gritó Galimard, animando al jefe del “Mefisto”.

Torreón masculló:

—Recio brazo tiene el renegado. Estaban de nuevo los dos contrincantes enzarzados en un veloz hostigamiento, donde, para admiración de los presentes, toda la gama de pérfidos ataques era prodigado.

Leblond empezó a “romper la celada”. Llamábase así el recurso a que podía acudir el esgrimista de clase para dar reposo a su brazo. Limitábase a ir deteniendo cuantos golpes asestaba el Pirata Negro, girando levemente la muñeca.

Y Carlos Lezama, embravecido por la constante idea de que allí terminaba su accidentada existencia, no quiso dar punto de descanso a su contrincante.

Le obligó a romper en lateral defensa, saltando a su alrededor, con feroces golpes de plano, entremezclados con repentinos golpes de punta.

Narcisse Leblond estaba seguro de sí mismo. Empezó a sudar, pero en sus rasgados ojos y en sus estrechos labios delgados bailaba una sonrisa de convicción.

—Dura está la cosa, conde.

—Mejor sabe enviar al infierno a un condenado malandrín que a un pelagatos torpe.

—Te diré lo que al “Chacal” dije: qué lástima que tú y yo no podamos navegar juntos. Espadas como las nuestras crecen pocas en escasas palmas.

Hablaban labios apretados, algo entrecortadamente.

Enardecidos, viéndose igualados, sus espadas parecían ir agotando todo el repertorio clásico de lucha leal y el más copioso de ardides taimados y traidores.

Los forajidos no abandonaban un solo momento la vista del culebreo de las espadas. Era para ellos una enseñanza única.

Súbitamente, en un ataque sañudo del Pirata Negro, halláronse los dos rivales pecho contra pecho, separados tan sólo por la cruz de las espadas en alto, en contacto las empuñaduras.

Torció hacia abajo el Pirata Negro, y palideció Leblond, porque en la presa especial tenía las de perder.

Su brazo, si bien fuerte, no podía resistir el empuje del contrincante, que iba forzándole a bajar la guardia…

De pronto Carlos Lezama proyectó hacia delante la frente, y su cabezazo alcanzó de lleno en la boca a Leblond, a la vez que éste, pretendiendo levantar la rodilla en treta bestial vióse detenido su movimiento por un anticipado rodillazo que chocó contra su entrepierna.

Gimió por dos veces Leblond ante el doble dolor de las dos acometidas contundentes.

Cayó de su mano el acero y doblóse hacia adelante. La bota del Pirata Negro le empujó en el pecho, haciéndole resbalar hacia atrás, y un sordo murmullo se levantó entre los espectadores, algunos de los cuales dieron un paso hacia delante.

Pero mientras Leblond quedaba caído, apoyado en un codo y semiinconsciente, el Pirata Negro habló con sequedad:

—Él y yo necesitábamos reposo. No mato yo a una piltrafa sanguinolenta. Le daré tiempo a reponerse.

Retrocedieron los que avanzaban, y el propio Torreón masculló, admirado y a regañadientes:

—Esta fiera bravucona “las conoce” todas.

—En el suelo, Leblond escupió varias veces con muecas de fatiga. Su diestra masajeábase el espacio dolorido por el rodillazo, mientras, apoyado en el codo izquierdo, trataba de recuperar el sentido sacudiendo la cabeza.

—Ha echado dos colmillos, y le duelen las tripas. Está feo así, ¿no os parece, morralla?

Los mismos que esperaban el desenlace, para, en caso de salir vencedor Lezama, darle muerte acometiéndole a la vez rieron, sin

embargo.

Su característica modalidad vital les hacía apreciar las bravatas, del, que admiraban por su maestría combativa.

Narcisse Leblond, partidos los labios, siguió escupiendo, mientras el Pirata Negro, en cuya frente el golpe había producido un corte por el que manaba copiosa sangre, sacó la lengua.

Y en, ella cayeron varias gotas rojas, que con vulgar gesto de placer paladeó.

—Buena sangre, morralla. Esta noche podréis decir que vuestros puñales mojaron en sangre brava y abundante. No siempre muere un león entre hienas.

—¿Por qué insultas?...—lamentóse Galimard, uno de los piratas de Leblond.

—Derecho tiene el condenado a escupir su desprecio hacia el verdugo. Miradme bien, piltrafas humanas. Os doy mi piel, pero reconocedme el derecho de daros el trato que merecéis. ¡Tate!... Ya tenemos de nuevo gente.

Narcisse Leblond, en el suelo, dejó de sacudir la cabeza. Y, pese a su humillada postura, supo contenerse antes de hallar la frase apropiada.

—El maestro en piraterías me ha dado una lección—dijo, tartajosamente—. Aprovechadla, compañeros. Y la próxima lección la doy yo.

El Pirata Negro empujó con la punta de la bota el acero que había caído de manos de Leblond.

—Pude darte puntilla de buey, “Mefisto”. Pero quiero que te des cuenta de que me precedes en el viaje a las calderas de Perico Botero.

Narcisse Leblond se puso en pie, manteniendo su espada bajo el sobaco.

Tanteóse la boca, que iba hinchándose progresivamente, y trató de no perder su prestigio de jefe.

—Unos dientes menos no me afearán, teniendo en cuenta que el sacamuelas. Fue el conde Ferblanc, y que fue su última operación en los Cañaverales. ¡Ahora ataco yo, león plateado!

Y el francés desencadenó un ataque en torbellino, dando saltos de poseso, saltos ágiles destinados a no presentar nunca frente a su temible rival.

Y un factor imponderable vino en auxilio de Leblond. Un desnivel del terreno aprisionó el tacón de la bota del Pirata Negro, impidiéndole girar a tiempo, ante uno de los saltos de Leblond.

Aprovechó raudo el pirata francés la ocasión, y, aunque en escorzo violento, pudo Lezama desviar el acero enemigo, un profundo corte entalló su muslo izquierdo.

A la vez, Leblond asestó con su mano izquierda un empujón ni pecho del Pirata Negro, el cual tambaleóse.

Gritaron algunos de los espectadores, viendo ya cercana la caída del coloso jefe de la Legión del Mar...

Una segunda estocada de Leblond también desviada con dificultad, halló contacto, y el brazo izquierdo de Lezama pendió inerte, mientras su pierna herida le imposibilitaba moverse.

Narcisse Leblond sonrió como una hiena, prodigando sus dentelladas finales. Alzó la espada y gritó triunfalmente al sentirla hundirse en el pecho enemigo...

Pero el Pirata Negro había acudido al recurso extremo de los que se hallaban en situación desesperada.

Su sobaco abierto sirvió de funda voluntaria a .la espada adversaria, y, aunque cortadas las carnes, aprisionó con feroz energía, mientras su propio acero quedó un instante amenazando.

Intentó Leblond retroceder su espada, cuando, en una fracción de segundo de lucidez, vio lo que ocurría.

Abrió la hinchada boca en grito de angustia, porque al soltar su espada tardíamente para retroceder, vio aumentar velozmente el diminuto tamaño de la punta de la espada contraria.

La vio acercarse a sus ojos, y los espectadores quedáronse inmóviles, mientras entre las dos cejas de Leblond, hundíase la espada del Pirata Negro...

Fue una estocada tan recia, que Narcisse Leblond quedó en pie, muerto fulminantemente, pero clavado y sostenido por el acero del que, brazo tendido, gritó:

—¡Al Averno, Leblond, de donde procedes!

Arrancó Lezama su espada, y falto de apoyo, cayó pesadamente de bruces, Narcisse Leblond, chocando con el rostro contra el suelo.

Por un lógico azar, al caer, -su rostro quedó junto a la puntera de las botas del que acababa de darle muerte.

Y Carlos Lezama, con la crueldad del que venga la peor injuria,

pasó sus punteras por el rostro sangriento del vencido.

—Tú besas mis botas, Leblond, tal como querías yo hiciera. Y ahora... morralla... ¡cerrad el círculo!

Los maleantes hasta entonces habíanse quedado como extáticos, ante la rápida escena sorprendente.

Sorprendente, porque también ellos como Leblond, creyeron que la última estocada del francés había penetrado en el pecho del conde Ferblanc

Y el ver la estoica "presa" con la que Lezama había obtenido su triunfo, les había estremecido.

Sangrante por la frente, por el muslo abierto, donde en jirones pendía la calza, y resbalando lentamente la sangre por su mano izquierda, el Pirata Negro ofrecía un aspecto siniestro, que imponía a los que puñal en mano, seguían aguardando expectantes.

Fue Galimard el que habló primero:

—¡No ataquéis, compañeros! ¡Esperad!

Torreón gruñó:

—Alguno ha de perder el pellejo... ¡Atacad!

—¿No veis que está tambaleándose? Lleva en el brazo media hora de continua pelea... Está agitado. Pierde sangre... Dejadle... Caerá solo...

—Para yo caer, tiene que soplar el huracán que nunca sopló, morralla— alardeó Lezama.

Pero íntimamente daba la razón al astuto Galimard. Su brazo herido, su sobaco cortado dolorosamente a ambos lados, y su muslo abierto en hondo tajo que mostraba el hueso, juntábanse al cansancio natural de la feroz pelea sostenida.

—¿No quería que le pusiéramos cascabel?—siguió gritando Galimard. —Ahora es el momento, compañeros. Si avanzamos, le damos ventaja. Aguardemos, y podremos darle muerte que pasará a la posteridad, como venganza de su desplante de fiera bravucona.

Carlos Lezama sintió que un vago ruido silbaba en sus «idos, mientras que en su cabeza mientras en su cabeza algo semejante a nubes algodonosas, iban cuajándose velándole la perfecta visión de cuanto rodeaba.

Crispó las mandíbulas, y apretando convulsivamente la diestra alrededor de la espada, dio un paso:

—Última ventaja, piltrafas cobardes. Ya que para asesinar... os

hacen falta... seguridades... yo os las doy...

Dio otro paso más hacía un espacio del círculo, y era tan impresionante su aspecto, que los amenazados retrocedieron puñal en ristre...

Alzó la espada, dio un traspiés, y abatióse cuan largo era.

Con un múltiple aullido feroz, el círculo avanzó puñal preparado. Y Galimard, a quien esta vez secundó Torreón, formó ayudado por otros dos una barrera alrededor del desvanecido:

—¡Deteneos, compañeros!

—Atrás—apoyó Torreón—. Este hombre merece jaula, escarnio, y ejecución sonada.

—Matarle sin que se dé cuenta, no mis dará goce—argumentó Galimard. — Hagámosle cárcel en el caserón, y al amanecer, uno de nosotros llevará su cabeza a Puerto Colombia.

Media hora después, recuperaba Lezama el sentido. Tardó en darse cuenta de lo ocurrido, y de donde se hallaba.

Era una cárcel improvisada. Fuertes cañas formando rejilla le rodeaban en empalizada con techo...

Ocupaba el centro de la mayor de las salas del caserón de "Calma Chicha". Todos a su alrededor, los únicos que tenían derecho al acceso a aquel caserón, por ser gente de mar, sentábanse bebiendo y lanzándole de vez en cuando ojeadas torvas.

Galimard, tras comprobar extrañado que en la alcoba donde pensaba encontrar a Lamark, custodiando a Milagros Diéguez, no había nadie, saltó la ventana abierta, y huellas de pies en el suelo barroso, le hicieron sospechar de algún rapto.

Ahora comprendía porqué el conde Ferblanc se había ofrecido como víctima. Deseaba entretener a los demás, para que mientras uno de sus hombres liberara a la cautiva.

Y satisfecho, pensó que Corentin Lamark estaría seguramente muerto, con lo cual por antigüedad y relieve podría ser capitán electo del "Mefisto" anclado en el acantilado de Botá.

Por eso, cuando acercóse a la jaula conteniendo al conde Ferblanc, casi sentía agradecimiento por el hombre que había quitado de en medio al capitán y al lugarteniente del "Mefisto".

—Cascabel puesto, conde Ferblanc —dijo a modo de saludo.

Miróse Lezama el muslo que le escocía por la cauterización al igual que su frente, sobaco y bíceps izquierdo.

—Gracias por el curanderismo, Galimard. Eres un chico listo. Quieres tenerme en buen estado de salud.

—Tú lo has dicho, Ferblanc. Ahora escucha con atención lo que voy a decir a esos que llamas morralla y piltrafas.

Y Albert Galimard, de espaldas al enrejado de cañas, pegó varias palmadas sonoras.

—Oídme, compañeros. Ha muerto Leblond, y acabo de cerciorarme que también Corentin Lamark, su lugarteniente, ha perecido. Mientras nosotros estábamos pendientes de este león ahora enjaulado, alguno de sus hombres llevóse a la prisionera...

El Pirata Negro bendijo mentalmente a “Cien Chirlos”, y sonrió alegremente, porque creía a su segundo camino de Puerto Colombia, velando ya para siempre por la seguridad de Mireya...

—Por lo tanto—proseguía discurseando Galimard—queda el “Mefisto” sin mando. Los que a bordo están saben que a defecto de ellos dos, yo soy el más experto para conducir el “Mefisto” a buenos puertos. Mirad a ese león... Es nuestro y le quitaremos garras, colmillos y fauces. La Legión del Mar sin este jefe, que conocía todos nuestros puertos y recursos, irá desmoronándose. Yo seré el capitán del “Mefisto” y os prometo a todos vosotros enrol a bordo. Aquí hay diez de los míos. Los otros treinta estáis sin pitanza ni camastro. Os lo doy a bordo del “Mefisto”. ¡Votadme capitán! ¡Primero vosotros diez, compañeros! ¿Soy o no el más indicado para mandar en el “Mefisto”?

Uno de los aludidos dijo guturalmente:

—Si queda comprobada la muerte de Corentin Lamark, tú debes ser nuestro jefe, porque eras hombre de confianza de Leblond, ¿No opináis igualmente, vosotros, gente del “Mefisto”?

—¡Sí¡—exclamaron al unísono los otros nueve.

Satisfecho, Albert Galimard se reclinó contra la enrejada de cañas entrelazadas. El humo vaporoso de la ambición de mando le producía una imprudente euforia.

—Y en cuanto a vosotros, los que estáis sin pitanza segura, ni camastro mecido por oleaje de rapiña, podéis...

Quebróse su voz en la garganta, y agitó epilépticamente los dos brazos, intentando aferrar el dogal que cerraba su garganta...

Carlos Lezama parapetado tras él, habíale cogido por el cuello con su brazo derecho, pasándolo justamente por entre las cañas.

Mantenía prietamente a Galimard contra la empalizada formando cárcel.

El rostro de Galimard púsose escarlata... Alguno avanzó, pero entonces fue Torreón en que en dos saltos, colocóse ante la jaula.

—¡Alto todos! ¿No presume éste de jefe? Pues si mandar quiere en nosotros, que lo demuestre, y se saque de apuros. Es poco digno de ser capitán de tipos de pelo en pecho, el que como un niño, cae en trampa, donde cualquier hombre precavido no hubiera zozobrado. ¿Qué podríamos esperar de quien pretende llevarnos a buenos puertos, y se deja cazar como un novato?

Torreón tenía mucha influencia en el caserón “Caima Chicha”. Los nueve compañeros de Galimard envainaron sus puñales o desamartillaron sus pistolas al ver que los otros treinta forajidos, obedeciendo a Torreón, contemplaban impávidos al que debatíase al borde de la asfixia...

—¡Qué él misino se salve¡—repitió Torreón.—Esta es mi decisión. Nadie interviene.

El Pirata Negro; manteniendo su presa alrededor del cuello de Albert Galimard, dijo después de reír burlonamente:

—Eres un parvulillo, Galimard. Tate... Perneas como un saltamontes colgado... ¿Y tú querías ser sustituto Leblond? No puedo permitir tal injuria a la memoria del cerdo inmundo que dio apodo a un buen velero. Tiene razón este barril musculado llamado Torreón. Para mandar en reptiles, al menos hay que saber rastrear. Esta va a ser tu última corbata, Galimard. Tenías que darte cuenta de que un león, hasta enjaulado, debe mirarse a distancia, como hace prudentemente Torreón y los demás. No servías para jefe, Galimard, porque con sólo la idea de que ibas a serlo, perdiste la cabezota en sentido metafórico, y estás dejando el gañote en sentido real contra la misma reja que tú buscaste para mí. ¡Ah Galimard querido! No quisiste hacer caso al sagaz Torreón, que recomendaba a Leblond, que me dierais muerte rápida... Fuiste tú mismo, el que por contagio de Leblond, quisiste agonía larga para mí... Paga, cerdo, que ha llegado tu San Martín. ¡Otro para acompañarte, Leblond!

Y abriendo el brazo dejó caer el Pirata Negro el cuerpo inerte y flácido del que instantes antes, se refocilaba pensando en su próxima categoría de capitán Galimard del velero Mefisto.

Sonrió Lezama escupiéndose en las dos manos, mientras retrocediendo se i colocaba en el centro de la estrecha jaula.

—Buenas faenas, ¿no, morralla? Y tened cuidado, porque si el árabe Chacal inventó tortura contra enemigos, encerrándolos en jaulas, debéis pensar que sólo hay una jaula de la que nadie escapa: la jaula que les construí a Leblond y a Galimard, ante vuestros legañosos ojos de verdugos cobardes.

Un coro de imprecaciones demostró que iba enfureciendo a los forajidos la actitud agresiva del conde Ferblanc.

Y de nuevo fue Torreón el que impuso silencio alzando las dos manos:

—Ya le queda poco, compañeros. ¿No os extraña su insolencia alegre? Nunca he visto yo hombre que sabedor iba a morir, tuviera esas agallas especiales. Agallas muchos las han tenido al ir al patíbulo. Pero la alegría de ese bravucón es real. Por lo tanto debe ser un loco, o no entiendo yo de hombres. Nadie muere así... pero olvidemos a ese león loco. Vigiladle por si pretende treta inesperada... Ahora, debemos poner en claro algo importante. ¿Quién va a tomar el mando del velero sin jefe?

—Pertenece a uno de los que a bordo del “Mefisto” han tripulado hasta ahora—objetó uno de los nueve compañeros de Galimard.

Torreón ensanchó el diámetro de su torso para gruñir:

—Bien está, pero nosotros queremos plaza a bordo.

Cada uno Fue emitiendo su opinión, y en final resumen, Torreón alzó de nuevo la voz:

—Muerto Leblond, cuanto ocurre aquí “Calma Chicha” soy yo el llamado a resolverlo. Por lo tanto...

Se detuvo de pronto, asombrado para mirar hacia el umbral de la sala.

Un hombre, alto y de reda contextura, de cabello rizoso enteramente blanco, vestido sobriamente con distinción de paño pardo, estaba mirando hacia los reunidos.

Sus ojos brillaban relucientes, como quemando de fiebre interior, penetrantes como carbunclos...

Y con voz reposada y flemático ademán, el intruso decía:

—Buenas noches, gente de mar. Deseo hablar con Narcisse Leblond.

Carlos Lezama arqueó las cejas, a la vez admirado y a la vez enojado.

Había reconocido en el recién llegado al almirante Juan Diéguez, conocido por “El' Almirante Lúgubre”.

—Decid a Leblond que Juan Diéguez desea hablarle—siguió diciendo flemáticamente el burgalés.

Torreón parpadeó repetidamente... Había reconocido instantáneamente al hombre, a quien antaño él mismo vio pasarle revista a bordo de un galeón, donde él era contramaestre.

Otros también debían haberle reconocido, porque elevóse un sordo murmullo desconcertado...

Torreón, al igual que los demás, miró hacia la jaula, y después miró hacia él que impasible continuaba en el umbral, sin armas, jugueteando sus dedos diestros con el cordón que sujetaba a uno de sus hombros la capa parda que pendía tras él.

—¡Condenado me vea si este no es el “Almirante Lúgubre”!— gruñó con fiereza Torreón.

—Condenado te verás, Torreón, aunque no fuera yo el que dices. Pero tengo prisa, amigo. Avisa, pues, a Narcisse Leblond y dile que don Juan Diéguez, a secas, viene a informarle de serias medidas que ha tomado el almirante Diéguez y que os afectan a todos vosotros.

Torreón, al igual que los demás, estaba desconcertado y vio que los otros querían que demostrase que él era, según recientísima declaración el que resolvía cuanto sucediera en "Calma Chicha”.

Avanzó perplejo, atormentando el mango de su puñal:

—No hemos oído rumor alguno de lucha, exce... ¡tú, Juan Diéguez! Has venido, pues, solo al igual que ese loco enjaulado de Ferblanc. ¿Qué quieres decirle a Narcisse Leblond?

—Lo que oirás cuando él esté aquí.

—¡Cuidado, Juan Diéguez! Te abro en canal, si me galleas... Aquí no estás a bordo de barco de tu flota. Y aquí mando yo.

—Si me abres en canal, perderéis, la ocasión de saber lo que os amenaza.

Era tal el aplomo con el que hablaba el burgalés, que aumentó aún más la perplejidad de Torreón, que masculló:

—Leblond ha muerto.

Juan Diéguez habló hacia la enrejada de cañas, tras las que Carlos Lezama mirábale ceñudo:

—Trabajo vuestro seguramente, don Carlos.

—Sí, don Juan Diéguez. Pero me habéis quitado parte del placer obtenido. ¿A qué mil diablos habéis venido, como si en vez de todo un almirante fuerais un pirata bravucón?

—Vengo de portavoz del almirante— dijo Diéguez, secamente—. Y ya que Leblond, vuestro mandamás, no está aquí para oírme, quisiera saber quién tiene atribuciones para meditar lo que vengo a decir.

Torreón golpeóse el pecho con fuerza a la vez que exclamaba:

—¡Yo soy aquí el mandamás! Y no puedo creer lo que mis ojos ven. Los dos jefes de la Legión del Mar aquí dentro. ¿Te das cuenta. Juan Diéguez, de que no vas a salir vivo?

—Ya lo veremos—dijo lúgubremente el Almirante—. Puedes darme la puñalada, o desatar a tu jauría, pero entonces no habrá salvación alguna para vosotros. ¿De cuándo acá os creías que un Almirante se iba a dejar dominar por la hez de los mares reunida aquí en unos cañaverales?

—¡Tú estás aquí! — vociferó

—Pero soy Juan Diéguez, que puede morir, si el mensaje del Almirante no surte efecto.

—¡Tú y Ferblanc habláis como locos! — vociferó de nuevo Torreón, dando otro paso, manoseando el mango del puñal—. ¿Qué locuras son esas de que tú traes mensaje del Almirante, si el Almirante eres tú mismo?

—Un Almirante es un personaje investido de mandato por orden de Su Majestad. No puede, por tanto, ser un ente privado, sino siempre pensar primero como delegado del rey. Yo Almirante Diéguez, no podía venir, aquí. Ahora bien, como ciudadano vulgar, aquí estoy. Y mis últimas órdenes están cumpliéndose ya.

—Aclara lo que te trajo aquí a suicidarte, Juan Diéguez.

Sólo se oía la voz reposada y sonora del Almirante y la ronca y perpleja de Torreón.

Los demás, como gente de poca inteligencia ante hechos incomprensibles, escuchaban tratando de comprender.

Juan Diéguez extrajo de su justillo un sobre lacrado:

—Este era el mensaje que un hombre de Leblond traía como respuesta del Almirante Diéguez a una oferta del innoble “Mefisto”. Pero una hora después de partir el mensajero, Juan Diéguez ha

reventado cuatro caballos, en viaje personal de ciudadano que acababa de renunciar a su cargo, dejándolo en buenas manos. Antes de reventar el segundo caballo di alcance al mensajero. No le enterré porque tenía yo mucha prisa.

—¿Qué era este mensaje?

—Una respuesta a las ofertas de Leblond. Respuesta de Almirante. Pero he preferido que Juan Diéguez haga saber lo que va a suceder en los cañaverales.

—¡Abajo con sus humos! — gritó uno.

—¡Dale corte, Torreón!

—Córtale la Jangua.

—¡Él y Ferblanc juntos!

Torreón sentía, al igual que los otros, el desasosiego, que les producía la impasible tranquilidad con la que hablaba Diéguez.

Abalanzóse y ayudado por muchas manos, levantaron en vilo al burgalés, mientras otros, cogiendo largas pértigas rematadas en hojas de acero corvas, impedían que a la abierta puerta de la jaula de cañas, se acercara el Pirata Negro.



—Vos no debisteis venir.

Fue Diéguez arrojado brutalmente al interior. Se levantó y reposadamente, recompuso el orden de sus desgarradas ropas.

—Mucho cebo para esos tiburones, excelencia — dijo el Pirata

Negro, cuando cerrada la puerta, quedó junto al Almirante—. Bastaba yo para darles diversión. Vos no debisteis venir.

Ignoraba Lezama la tragedia del que había de pronto sabido que su hija vivía y estaba en poder de Leblond.

Juan Diéguez cruzóse de brazos:

—El destino ha querido que me halle yo en unas circunstancias en las que, como Juan Diéguez a secas, pueda imitaros hasta... el fin. Por el instante estamos en jaula...

Torreón mantenía alejado un conciliábulo en voz baja con unos cuantos, mientras alrededor de ellos escuchaban otros ávidamente:

—No es posible eso—decía uno—. Estos dos son jefes y no pueden haber venido a “espichar” sin traerse entre ambos algo.

—El Ferblanc sonreía como el que sabe una trampa preparada.

—El Almirante dice que va a suceder algo en los cañaverales. Tú, Torreón, debes decidir. .

—Admito que esos hombres, no son ingenuos—reconoció Torreón—. El Almirante, al menos, no vino a pelear. Si Ferblanc quería morir matando era porque su esposa estaba prisionera, y él creyó la tenía Leblond, cuando se la llevó el árabe. Pero este Almirante... No comprendo. Yo le conocí mandando y era considerado por los de postín, como alguien listísimo. Creo... que se impone que le saque por las buenas lo que viene a decir.

Carlos Lezama, también desconcertado, apoyó los puños en las caderas, para manifestar su extrañeza con gesto plebeyo:

—Me habéis decepcionado, Juan Diéguez. Vos, todo un Almirante español, venir aquí a meteros, no ya en boca de lobo, sino en jaula rodeada de reptiles, es cosa que escapa a mis entenderás.

—Fue dura la lucha. Estáis herido seriamente, don Carlos.

—No os preocupéis por mis carnes, señor Diéguez. Son de pirata al fin y al cabo, y libres de pudrirse donde sea. Pero las vuestras son de quien se debía a su cargo.

—No reprochéis aun. Después, cuando me hayáis oído, seréis libre de emitir censura contra el ciudadano particular quizá, pero no creo que enmendéis la plana del Almirante. ¿O creéis, caso, que el Rey de España nombra Almirante a quien no sepa serlo?

—Me estáis sumiendo en confusión, señor Diéguez. En vez de jaula de cañas, convertís eso en sala de sillones y terminaréis por

hacerme ver ujieres en lugar de esos apestosos canallas.

—No sé lo que será de nosotros dos, Carlos Lezama. Pero creedme si os afirmo, que presto estoy a morir en paz con mi conciencia, si a vuestro lado perezco.

Torreón aproximóse:

—¡Eh, tú, Juan Diéguez! Óyeme...

El Almirante volvió el rostro para enfrentarse con el antiguo contramaestre de uno de sus galeones.

—Te oigo, Torreón. No pienses que das escarnio al Almirante, porque aquí enjaulado está un vulgar burgalés llamado Juan Diéguez Y eso bien aclarado, te oigo.

—Antes dijiste que iba a suceder algo en los cañaverales. ¿Qué es ello?

—Esos lugares son inmundos. Torreón. Necesitan ser purificados. Y sólo el fuego lo logrará. Fuego de pólvora y fuego de llamas. Al parecer, el conde Ferblanc y yo aquí estamos presos y a vuestra merced. No os lo creáis. Somos prisioneros, pero también lo sois vosotros.

Torreón mordióse el labio inferior tratando de comprender:

—Vosotros, los que habéis tenido estudios, habláis a veces con frases que no se clarean. Lo que mis ojos ven, todos lo ven. Vosotros dos estáis presos y no vais a tardar en morir. No salgas ahora hablando como tu esbirro Ferblanc, que nos cantó vaciedades de conciencia y otras semejanzas propias para beatas.

—Yo te hablaré, quizá, con menor elocuencia que el conde Ferblanc, pero me entenderás también porque si las frases del conde Ferblanc os dieron íntima desazón, las mías no tocarán el resto de fibras que os puedan quedar en el alma, sino a vuestros instintos. Os explicaré claramente las últimas órdenes que dio el Almirante Diéguez. Escucharlas hasta el final y no os dejéis llevar por la natural indignación, porque si me dais muerte antes de terminar, os quedaréis sabiendo tan sólo el daño y no su curación posible.

Muchas veces el Pirata Negro había oído hablar a los demás capitanes de la Legión del Mar, del don de persuasión que poseía Juan Diéguez, el “Almirante Lúgubre”, y él mismo lo había comprobado personalmente.

Pero ahora, comprendía porque todos los forajidos estaban pendientes del hombre que hablaba con inexorable frialdad como si

fuera un oráculo axiomático, contra el que no cabía defensa.

—El Almirante Diéguez tenía plenos poderes en Puerto Colombia y sus atribuciones de mando se extendían no sólo sobre la Legión del Mar y sus destacamentos, sino en cuantas fuerzas españolas militaban en los campamentos que se extienden desde la comarca de Puerto Colombia basta las riberas orientales del Orinoco — fue diciendo el almirante Diéguez—. Hacía ya tiempo que acariciaba el proyecto de aplastar estos nidos de malsanos reptiles, para emplear expresión adecuada de mi compañero de prisión momentánea. Pero lo iba posponiendo, mientras iba enviando informes a su Rey, de que en el Caribe la Legión del Mar iba limpiando los reductos que infestaban con miasmas pestilentes las verdosas aguas del mar español. Y al recibir el Almirante la carta de Leblond pensó primero comerciar con el indigno pirata. Pero comprendió que todo sería inútil. Una tragedia que no os narraré, porque es íntima, y se mancharía mi recuerdo al dejarla oír aquí, es la que me decidió a convertirme en Juan Diéguez a secas. Éste es el que os va a ir exponiendo lo que fueron las ultimas órdenes del Almirante Diéguez.

Hizo una pausa el burgalés y sin afectación, como un catedrática puntuando varios detalles esenciales, prosiguió:

—Primera orden: movilizar todos los escuadrones de caballería de los Tercios, los cuales, poniéndose inmediatamente en marcha desde Puerto Colombia, van tocando botasilla al paso por cada destacamento. Suman cinco mil jinetes, los cuales avanzan en modalidad estratégica que desconocéis, llamada cuña a la inversa. Los flancos, van progresando, relevando caballos en cada destacamento. El centro de la fuerza se retrasa, pero todos en conjunto forman un abanico. Un abanico que os cierra el paso a toda huida, por el Sur, por el Este y el Oeste.

Torreón se hizo traductor de las imprecaciones de los demás.

—Esto será posible y tal como dices, pero cuando estén a la vista, los centinelas darán alarma y por el mar huiremos.

—Yo, Juan Diéguez, hasta hace dos días, fui uno de los mejores marinos de España, contramaestre Torrejón. Tú eres hombre de mar. ¿Pretenderéis huir a la desbandada? Por la costa os darán caza los indios de la Guianas si vais hacia allá. Si cogéis lanchas, poco avanzaréis, y si barco grande, antes seréis hundidos.

—Todo eso son fanfarronadas... que no comprendo... —masculló Torreón.

—Yo reventé cuatro caballos para llegar aquí. Pero muchos otros han quedado reventados llevando a los mensajeros que han puesto en movimiento a las dos fragatas de patrulla por el delta. Y esas dos fragatas están al acecho. Nadie abandonará los cañaverales. Hay hombres de las fragatas desperdigados para dar señal cuando salgan de esos litorales lanchas o veleros. No sé si sabréis lo que es un cristiano viejo y sincero. Es el que está tan alejado del beato insincero como del fanático intolerante. Cuando un cristiano viejo invoca su salvación para dar fe de lo que asegura, no puede errar ni mentir en lo que asegura y yo os prometo que ninguno de vosotros puede salir de los cañaverales. Podréis ir a las montañas y allá tarde o temprano, si los indios os dan tregua, os cogerá el abanico de los Tercios de Flandes. Mi segunda orden puso en movimiento la fuerza del mar. La tercera orden que di era sencillísima: el fuego de llamas debe arrasar esta parte de costa, que hasta hoy era nidal de criminales y peligro para cuanto signifique decencia y honestidad.

Torreón tardó un instante en aclararse la garganta:

—Doy por cierto lo que afirmas, Juan Diéguez. Y, por lo tanto, reconozco que nos cazarán aquí, en la montaña, en la selva o en el mar. Pero ¡tú y Ferblanc vais a saber lo que cuesta venir a solas amenazando!

—Ni él ni yo, somos tan ilusos para suponer que el venir aquí no entrañaba un constante peligro. Pero atiende, Torreón. Fama tenía yo de beato, por error de plebe. Ya te he dicho quien soy. Por lo tanto, no puedo honradamente haber venido a suicidarme, lo cual sería atentatorio a mis creencias. Si no me quedara un resquicio de liberar mi carnal envoltura no habría venido, porque mi alma es la que prevalece. Os dije que después del daño os anunciaría la posible curación. ¿Queréis oír cómo podéis salvar la vida y volver a ser componentes de la comunidad española?

—¡Sí¡—apremiaron distintas voces.

—La cuarta y última orden que di implicaba indulto para los que conmigo al frente salieran al encuentro de los Tercios. El fuego purificará esos cañaverales. Pero muchos de vosotros podéis vivir reingresando a la vida dura y disciplinada... No todos. Yo soy castellano y no miento innecesariamente ni para salvar mi

existencia terrena. Muchos de vosotros si bien culpables de fechorías, podéis regenerar errores pasados y tendréis plaza en la Legión del Mar. Otros, ni aun en este trance, en que me inclino a la benevolencia de juicio, podréis salvaros. Cada uno de vosotros, sabe quién es. El que no haya dado muerte a mujer, o cometido crímenes en acción contra poblador civil, puede salir de aquí, para ingresar en la Legión del Mar. El que creyera poder mentir, tarde o temprano comprobará que la falsedad siempre hiere al mismo que la emplea.

Torreón argumentó cautelosamente:

—¿Quién nos asegura a mí y a mis compañeros que todo cuanto dices no es patraña?

—Primero: estoy aquí. Segundo: enviad hombres en exploración de intento de huir. No volverán... Y eso os demostrará que no miento. Tercero: he invocado mi salvación eterna. Y ahora, preso estoy según vosotros y, no obstante, os dejo libres de decidir si queréis sucumbir a fuego de pólvora o de llamas, en vez de acogeros a la oportunidad que os devolvería al rango de hombres-de mar.

Sin teatralidad, con la sencillez que caracterizaba todos sus ademanes, volvió Diéguez la espalda para enfrentarse con el Pirata Negro, el cual, por unos instantes, contempló el agitado remolino de forajidos que rodeando a Torreón, trataban de hablar todos a la vez, mientras el alto y ancho sujeto, peroraba agitadamente...

—Rectifico, excelencia. Vos no sois un pirata suicida. Habéis demostrado que don Juan Diéguez, no puede dejar de ser el mejor Almirante español.

—Me complacería si pudiéramos los dos regresar a Puerto Colombia. Aunque la Legión del Mar puede seguir con nuevos jefes, ninguno os reemplazaría adecuadamente.

—Ni a vos, excelencia.

—¿Y vuestro lugarteniente, el noble y leal don Marcelo?

—Logró su cometido y por eso esperaba yo jovialmente el despedirme de este bajo mundo. Ahora me queda una posibilidad de reanudar mi camino hacia la vejez, gracias a vuestra llegada.

—¿Salvó, pues, don Marcelo a vuestra esposa?

—Así es. Rescatada ha quedado.

—Bendigo a la Providencia, que os deja ese consuelo si mis razones no convencen a esos delincuentes. Y hora, para vos, puedo

deciros el por qué vine especialmente.

—He juzgado que algo muy excepcional os ha ocurrido, para que vengáis, pese a todo, personalmente.

—Mi hija.

—¿Vuestra hija?—y palideció de pronto Lezama, recordando las frases de Leblond aludiendo a la prisionera vigilada por Lamark y que él creyó mentiras destinadas a darle mental duda torturante.

Leblond había pretendido que la única prisionera era Milagros Diéguez, la hija del Almirante...

—La creí muerta. Y he obtenido pruebas innegables de su existencia. Estaba en poder de Leblond... No sé ahora quién la custodiará, pero prefiero perezca el llamas a que se prolongue su martirio en esta penosa tierra del mal.

Iba Lezama a tratar de dilucidar el repentino dilema que lo atosigaba, cuando tanto él como Diéguez atendieron a Torreón que, por lo visto, había tomado una decisión:

—Gente de mar sumamos, aquí cuarenta y dos, y en el "Mefisto" noventa. De esos que hay aquí, nueve son del "Mefisto". Piratas franceses que asolaron costas e islas españolas, ¿Hay perdón para ellos?

—No—dijo lacónicamente Diéguez.

Los nueve aludidos estaban rodea dos estrechamente por los restantes

Y la breve seña de Torreón dio origen a una alevosa matanza bestial, donde los puñales de los habitúales del "Calma Chicha" abatiéronse repetidamente contra los tripulantes del "Mefisto".

—Los demás—dijo Torreón, al acabarse la rápida matanza, fraguada anteriormente por él misino, empleando lenguaje marinero español, cuyos giros escapaban a los franceses pese a su conocimiento del español—los demás quieren enrolarse en la Legión del Mar, porque cuentan con tu palabra de cristiano viejo y de Almirante... excelencia.

—Fuiste contramaestre, Torreón, pero volverás de raso maniobrero. Y advierte a los demás que si alguno cela o intenta ocultar algún crimen de los dos citados: muerte de mujer, o tortura contra poblador civil, pagará con la horca.

Torreón empujó hacia delante a dos que a otra seña estaban sujetos por los hombros:

—Ese mató a un oficial de infantes español.

—El oficial debió evitar su muerte —dijo Diéguez, con seca entonación —que para eso era oficial. Tanto para mandar en soldados como para precaverse de traiciones. Soltad a ese.

—Como... vos mandéis, excelencia. Ese otro desertó y en la buida, teniendo hambre, dio muerte a dos mujeres... pero eran indias.

—¿Remedió su hambre matar a dos indias?

—Sí—adujo ansiosamente el acusado— porque con sus joyas, compré panes y tasajos.

—Nadie muere de hambre en selva americana. Por lo tanto, diste muer te por poseer dinero que te diera vino y comida adobada. Y quien mata a hembras, no tiene perdón, porque el hombre, aun maleado, si ataca a otros iguales, se expone. Puedes buscar huida, ya que para ti no hay acogida en la Legión del Mar.

Torreón, inconscientemente, se había cuadrado y dijo:

—Pido muerte para ese, excelencia. Si huye dará soplo a los del "Mefisto" y los noventa de a bordo, que al amanecer bajarán a tierra, lo harían antes dando cuenta de nosotros.

—Aun mandas aquí, Torreón—dijo Diéguez.

El antiguo contramaestre hizo una seña. Dos puñales hundiéronse en los omoplatos del sentenciado.

Y entonces Torreón manifestó la opinión de los restantes:

—Todos los que aquí estamos, hemos robado o matado... pero no hemos torturado a paisano, ni matado a hembra. Por lo tanto, plaza tenemos en la Legión del Mar. Pero por si cupiera engaño, dicen ellos que vos vais a venir con varios de nosotros saliendo al encuentro de los que avanzan por tierra. Uno quedará de enlace y si es cierto eso del estratégico avance en abanico, aceptamos todo. Queda de rehenes el conde Ferblanc. Ese es nuestro trato.

—Razonable es.

Antes de abandonar la recia jaula, estrechó Diéguez la diestra del Pirata Negro:

—Hasta pronto, amigo.

Alrededor de la jaula quedaron una docena de hombres empuñando significativamente sus pértigas.

Pero Carlos Lezama tendióse de bruces, fingiendo dormir. En su mente un cúmulo de dudas y esperanzas pugnaba por un

esclarecimiento que no llegaba…

Y pronto, el cansancio de sus heridas cauterizadas, concedió reposo a sus zozobras mentales, dándole un profundo sueño.

Los caballos montados por Torreón, Diéguez y los restantes fueron siguiendo la dirección indicada por el Almirante.

Por el camino, Torreón aclaró un punto:

—Dimos muerte, excelencia, a tres espías. Eran de la Legión del Mar y los ajustició Leblond.

—Eran espías y, por tanto, accidentales enemigos vuestros. También tendréis que dar muerte a otros espías, si os lo ordena vuestro capitán.

—Por castigo de infidelidad, la alemana Gertie Fue ultrajada a muerte, pero pertenecía el castigo a los hombres del “Mefisto”. Ninguno de nosotros intervino.

—Sólo os quedará, pues, remordimiento de conciencia por no haber intervenido oponiéndoos. Pero a huidos no se les puede pedir actitud de honestos ciudadanos. Dime, Torreón, ¿qué sabes tú de una prisionera que guardaba Leblond en rehenes?

—Galimard, uno de los del “Mefisto” que murió estrangulado por el conde Ferblanc, dijo que uno O varios que debieron filtrarse acompañando a Ferblanc, dieron rescate a la prisionera… que Leblond afirmó era vuestra hija.

El Almirante Diéguez suspiró aire como si de repente le pareciera deleitoso. Y también él, en su confusión, creyó que “Cien Chirlos” había logrado liberar a Mireya ele Ferjus y a Milagros Diéguez.

Fue un capitán de los Tercios el que sorprendió a la comitiva.

Y poco después, un enlace partía a comunicar a los del caserón “Calma Chicha”, que “el cristiano viejo lio habla mentido y que todo era cierto”.

El “Mefisto” fue hundido, al igual que lo fuera el “Satanela”, sorprendido en aguas costeras, por dos fragatas.

Los cañaverales ardieron y toda la zona quedó convertida en gigantesca hoguera que enrojeció el horizonte por espacio de varios días.

La palabra de Juan Diéguez había sido refrendada por el almirante Juan Diéguez.

Y éste, de regreso a Puerto Colombia, escoltado por dos

escuadrones de los Tercios, preguntó antes de emprender la marcha, dónde estaba el conde Ferblanc, que no veía con los restantes enrolados.

Le fue entregada una breve nota, donde de puño y letra del Pirata Negro leyó:

> “Perdonad si a marchas forzadas parto solo hacia Puerto Colombia. Pero debo resolver una duda lacerante....
>
> “Conde Ferblanc”

Capítulo VII

Siguiendo la estela...

El Pirata Negro galopó incesantemente, relevando caballos en los establos de los puestos avanzados de la infantería española de guarnición complementaria a los escuadrones dé caballería.

Entró en Puerto Colombia, dirigiéndose rectamente al palacete residencia de Mireya de Ferjus, donde si “Cien Chirlos” había cumplido... debería encontrarse ella.

La morada estaba vacía.

Cabalgó de nuevo, con la muerte en el alma y a todo galope emprendió el corto trecho que le supuraba del puerto.

El “Aquilón” estaba anclado...

Y fue el capitán Lope Holgado el que, desde la cercana fragata, acudió a toda prisa, cuantío desmontaba Lezama:

—Bienvenido, conde Ferblanc. Surtió, pues, electo la última orden del almirante. Feliz día este...

—¿Mi lugarteniente? — preguntó secamente Lezama, atajando las manifestaciones del capitán.

—A bordo de vuestro velero. Y trabajo ha costado. No hace más que rezongar que quiere ir en pos del “Chacal”... Pero logré hacerle comprender que quizá esperando quince días, os vería en vida. Y se debate en impulsos contrarios... Fue un valiente: regresó acompañando a la hija del Almirante y...

—Excusadme, capitán. Necesito ver a mi segundo.

Al final de la pasarela. “Cien Chirlos”, radiante el rastro y sin embargo pesaroso, manteníase rígido, mientras en cubierta, alineados todos los tripulantes, esperaban la llegada del Pirata Negro.

—Hola, don Marcelo—dijo sombríamente Lezama—. Que

rompan filas. Tú ven a mi camarote.

En el camarote, y ante un sombrío Lezama sentado, fue explicando “Cien Colirios” todo lo sucedido.

Fue tal su sincero enojo mientras relataba cómo descubrió que la que creía era Mireya era una desconocida, que, poco a poco, fue el Pirata Negro comprendiendo lo que le había resultado incomprensible.

—...y ella tuvo arranque al decirme que yo debía ser el que te vengara siguiendo la estela del “Chacal”. Muchos momentos me dio el arrechucho de ir a los cañaverales... pero recordé tus órdenes, señor. Estás de nuevo a tu bordo... ¡Y el “Chacal” pagará con creces el dolor que te causa!

Carlos Lezama había tenido tiempo de irse sobreponiendo al zarpazo inesperado que le suponía el desengaño atroz de saber que Mireya continuaba prisionera.

Con laxitud, preguntó:

—¿Cuál es la estela del “Chacal”, guapetón?

—No la sé, señor. Pero tendrá el informe pronto. Ese árabe que el infierno devore, dará pronto alguna muestra, porque ya otra vez te retó y...

—Lo cierto es que nada sabemos y las horas pasan. Ella sufriendo... ¡Juro que ese chacal pagará ampliamente su indignidad! Pero por el instante, aquí esperándolas. Nada podemos hacer hasta no saber cuál es la estela que sigue el “Chacal”.

✲ ✲ ✲

Milagros Diéguez, después de estar dos horas a solas con su padre, comprendió que olvidaría aquellos horribles cinco años.

El Almirante logro sonreír cuando ella repetía las bruscas maldiciones de “Cien Chirlos”, al darse cuenta de su error.

Pero sonreía porque cuanto decía la hija que él creyó para siempre perdida, le sonaba a melodía paradisíaca.

Y tan sólo cuando ella misma admitió que su salvación suponía un desengaño para el conde Ferblanc, el Almirante acusóse:

—Egoísta soy, al olvidar que gracias a la desesperada valentía del hidalgo Lezama, tú estás aquí. Quién sabe lo que hubiera podido suceder, de estar vivo Leblond... y de no intervenir “Cien Chirlos”, por mandato del conde Ferblanc.

—Está a bordo del ˆAquilón”.

—Allá voy.
—Te acompaño, padre.
—No, hija.
—¿Por qué?
—Duro es el conde Ferblanc… y no podrá evitarse cierto enojo al verte, por más justo que sea. En realidad, él creyó que su lugarteniente rescató a Mireya…
—Gracias debo darle yo en persona.
—En fin… Tú tienes derecho a discutir mis órdenes.
El Almirante, después de que hubo saludado al Pirata Negro rutinariamente y al quedar deshecha la formación de honor, pareció dotado del agudo instinto de telepatía, porque su primera frase fue:
—Pido excusas por presentaros a mi hija, conde Ferblanc. Ella se obstinó en agradeceros lo que vos consideráis suplantación, al igual que don Marcelo, pero que ella y yo, lamentando de corazón el error, no podemos egoístamente por menos de guardaros gratitud, ya que ella está aquí por vuestra mediación errónea o no.
El Pirata Negro besó la diestra de Milagros Diéguez:
—Vuestro padre me dio la posibilidad de estar a bordo de mi nave, señorita. Y en él no fue error. Y por lo que he oído, mi lugarteniente os atribuye virtudes de sensatez muy de elogiar. No en vano sois, hija de quien considero el único hombre cuyas órdenes acato.
—Ahora, hija mía, quédate aquí. Deseo hablar a solas con el conde Ferblanc.
Y a solas en la sala capitana, el Almirante inquirió:
—¿Cuáles son vuestros propósitos, conde Ferblanc?
—Pediros rumbo libre hasta dar con la estela del velero “Islam” y su capitán. Después… si vuelvo, será porque ella esté conmigo y, por lo tanto, gustoso me pondré a vuestras órdenes.
—No os discuto la legítima y razonable demanda. E inútil considera deciros que confío en que la Providencia os ayudará permitiéndoos rescatar indemne a Mireya.
—Supongo que al igual que su primer reto, otro me enviará “el Chacal”. Y mientras llega el reto o informe, aquí aguardo. Perdería tiempo, navegando a ciegas.
Cinco días después, un mensajero de destacamento, traía un sobre que había sido llevado por un indio de la costa baja

venezolana.

Impaciente, rasgó Lezama los lacres, después de leer en el rectángulo delantero del sobre:

> “Cheij Khan, “el Chacal”, al conde Ferblanc, en Puerto Colombia”.

La letra era elaboradamente cuidada pero de pronto el Pirata Negro abandonó la lectura que habla empezado para devorar ansiosamente con los ojos una letra menuda que tan bien conocía:

> “Mi Carlos:
>
> “Añado personalmente esas líneas porque “el Chacal” ha aceptado mi petición. No te miento y no es para darte calma, que afirmo no haber recibido el menor daño.
>
> ”El Chacal” es el joven que Gabrielle Lucientes amó. La suponía muerta y quizá podrá justificarse de lo que le acusan... Devolverle la ilusión, es librarme de constituir para ti un señuelo.
>
> ”El Chacal” me ha jurado que si no le he mentido y es cierto que Gabrielle vive como le he dicho en Bogotá, me pondrá en libertad.
>
> "Mientras, soy tratada con deferencia. No es un pirata vulgar. Es joven, culto, aunque amargado por orfandad. Yo sé que tú frente a él, desvanecerás su error.
>
> ”Es extraño, Carlos... pero no consigo odiar a ese joven. Creo que la vida le ha maltratado... y podría haber sido bueno, generoso y feliz.
>
> ”Acaba de leer por encima de mi hombro y cortésmente me ruega ponga fin, porque no desea formes un mal concepto de él. Posee una ironía hiriente... pero no consigo odiarle...
>
> «Pronto nos veremos, Carlos. Hora tras hora estoy pensando en ti,
>
> ”Mireya”

El Pirata Negro besó la misiva firmada por su esposa y la tendió

a “Cien Chirlos”:

—Lee, guapetón... Mi esposa, tu señora, quiere hacerme creer que “el Chacal” cumplirá su palabra. ¡Pobrecilla! Por buena, ve cualidades donde no las hay.

Terminó “Cien Chirlos” de leer y vaciló ostensiblemente:

—¿Quieres decir algo de tu caletre, don Marcelo?

—Es... es posible, señor.

—¡Bah! ¿Acaso soy niño al que se trata de tranquilizar diciéndole que el coco es una mona? Ese chacal es un criminal Igual a los demás. Si por el instante trata cortésmente a Mireya... es porque le convendrá. Voy a leerte lo que me escribe ese maldito chacal jovenzuelo.

“Conde Ferblanc, renegado pirata traidor:

—No te sulfures, guapetón Ya tragará “el Chacal” cuanto ahora me digo. No lo dudes.

Y siguió Lezama leyendo:

> «Habrás oído hablar de un pirata novel llamado Cheij Khan y apodado “el Chacal”. Mando en nave de cien piratas joasmes y mi lugarteniente es tártaro avezado navegante. Mi nave es el “Islam” y en combate abierto hundiría a tu “Aquilón”.
>
> ”Pero no es lucha de barcos la que pretendo, conde Ferblanc. Tú diste muerte a mis padres. Tú debes, entre mis manos, pagar el crimen que conmigo cometiste.
>
> ”Por ti, sin hogar he vivido. Por ti, desconozco las caricias de una madre. Por ti, vagabundo he ido deslizándome de mal en mal. Por ti, haciéndome temible fui culpado sin defensa posible de crímenes que me achacaron. Tu sombra funesta marca, pues, con signo luctuoso, mi existencia.
>
> ”Está en mi poder tu esposa. Me ha de servir de señuelo, tal como imaginó Narcisse Leblond. No quiero, que, cobardemente, puedas tú rehuir el combatir conmigo.

Dio “Cien Chirlos” un respingo encolerizado.

El Pirata Negro sonrió sin alegría.

—Eructos de chacalillo bastardo, guapetón. Insulta y ofende porque se envalentona él mismo.

—Tal como le replicaste en cartel, señor, deberás cortarle la lengua... Yo mismo cogeré el cuchillo si me lo permites.

> «Hablan mucho de ti, conde Ferblanc. Humo de lisonjas, que canta tu valentía, tu fortaleza y tu fiera bravuconería. Pero ya sabrás quién soy yo, conde Ferblanc. Tardíamente, porque a nadie podrás contárselo. Narcisse Leblond me hizo pirata... y me teme.

—¡Jactancioso es el mozo!—rezongó el Pirata Negro.

> «En combate frente a frente, redundará en mayor triunfo y renombre del “Chacal”, el haberte aplastado terminando con tu aureola do invencible.
>
> ”Y ceso en las bravatas que cumpliré. Paso a hablar de tu esposa. Favor he de hacerte al matarte. Ella es buena... ¿Cómo pudo amar a pirata traidor y renegado como tú?

—Vaya... Ese chacal tiene inteligencia. Ha sabido adivinar que Mireya es la bondad hecha mujer. Veamos qué sigue...

> ”Yo podría darte tortura moral y anunciarte martirios para tu esposa. Pero... hay algo dentro de mí, una debilidad que mi otro yo no perdona. A un pendenciero bravucón y asesino como tú, no deben tenérsele consideraciones. Pero tu esposa tiene figura de virgen italiana, como las pintadas por los artistas místicos.
>
> "Nada me importa en el mundo. Desprecio a los humanos... Pero hay algo indefinible alrededor de Mireya de Ferjus. Flores del desierto exhalan aromas tenues. En el desierto de árida sequedad que es el mundo, Mireya de Ferjus tiene el aroma de una flor besada por el rocío de

pureza del alba, cuando aun el aliento humano no emponzoña el céfiro mañanero.

”Ese será tu castigo, conde Ferblanc. Nunca más volverás a ver a Mireya... Tan pronto quedes tú destrozado a mis pies, ella será libre. No habrá sufrido daño alguno. Pero tú nunca más la has de volver a ver. Ese es tu castigo, conde Ferblanc.

”Mi rumbo es la Costa Dorada. Allá te espero, conde Ferblanc. Y en los largos días en que me persigas, piensa constantemente en esto: Nunca, nunca volverás a ver a Mireya.

”Cheij Khan, “el Chacal.”

—¡Condenado chacal!—rugió “Cien Chirlos”—. ¡Bien le va el apodo! ¡Es un rastrero bastardo mitad de zorro mitad de lobo! ¡No es ni siquiera una fiera de una vez!

—Ese es mi consuelo... Sí, no me mires como si acabara de echar una paloma por el oído. “El Chacal" demuestra en esa carta, que es humano. Si me creé autor de muertes que no cometí, justo es que quiera vengarse. Y a la vez, ahora... ¡tengo la convicción de que Mireya no sufrirá daño alguno! Mil veces preferible es que sea “el Chacal” su raptor a que hubiera sido Leblond.

—Pero... señor, “el Chacal” dice que tú nunca volverás a ver a tu esposa, mi señora.

—Del dicho al hecho media un abismo, guapetón. ¡Proa a la Costa Dorada! ¡Y que canten alegremente las lonas, don Marcelo! El "“Aquilón” dará caza al "“Islam”. Y en cuanto al “Chacal”... ¡de ese me encargo yo! ¿Has oído tú alguna vez relato de selva que cuente que un chacal venció al león? Eso... ¡ni los niños más ingenuos lo creerían!

—Es verdad, señor. El león puede luchar contra diez chacales a la vez.

Y contento, subió “Cien Chirlos” a dar las órdenes para la maniobra de zarpar rumbo a la Costa Dorada, el largo viaje...

Pero confiaba en que las velas del “Aquilón” ganarían días, para llevar su cortante proa, a mojarse en la estela del “Islam”.